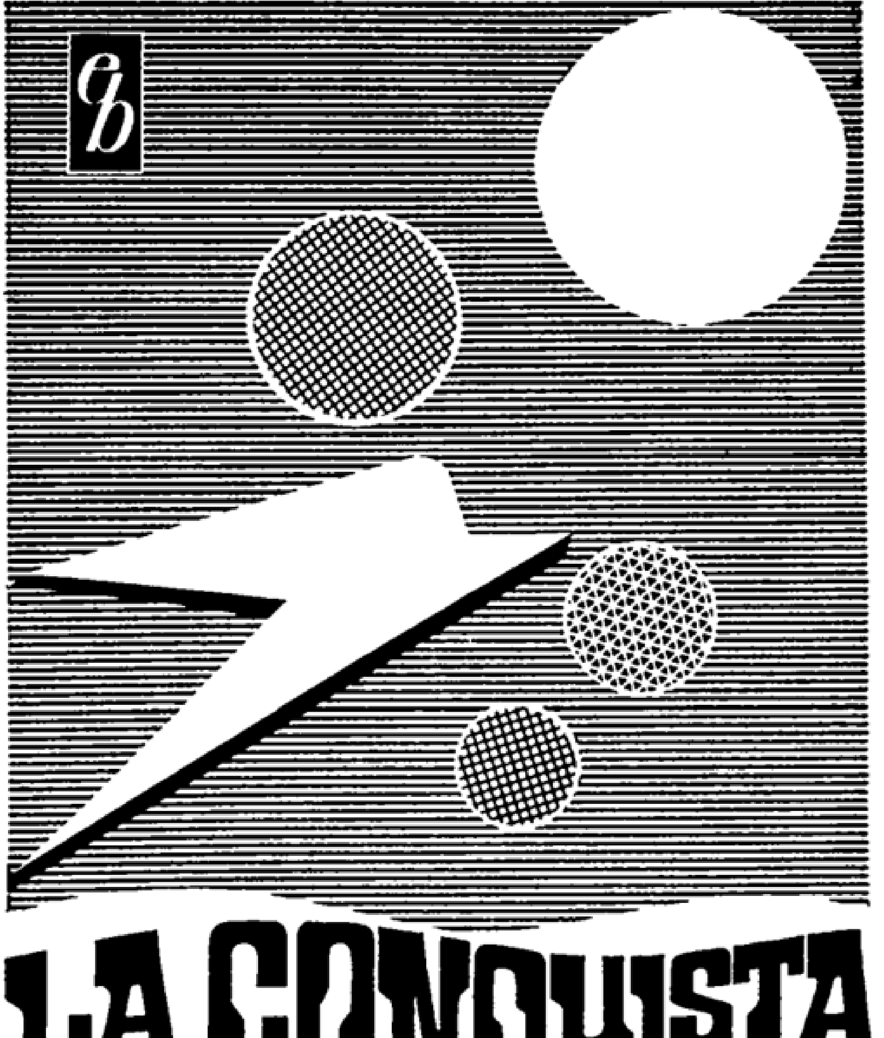

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
FANTASMAS DEL ESPACIO
Kelltom McIntire
GANE 1 MILLON
DE PESETAS


LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
FANTASMAS DEL ESPACIO
Kelltom McIntire
GANE 1 MILLON DE PESETAS



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Búfalo Serie Azul

Búfalo Serie Roja

Bisonte Serie Azul

La Conquista del Espacio

Héroes del Espacio

KELLTON McINTIRE

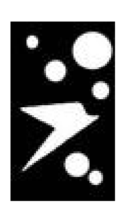
FANTASMAS

DEL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 666

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

1.**a** edición en España: abril, 1985

1.**a** edición en América: octubre, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84-02 02525- 0 / Depósito legal: B. 6.749 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Paréis del Valles (Barcelona) - 1985

CAPITULO PRIMERO

Aquella noche, Candy Farbenger tuvo un sueño excitante. ¿El exceso de combinados alcohólicos quizá? Antes de retirarse a su cabina a bordo de la astronave Valiant-II, Candy se había reunido —como cada noche— con las únicas supervivientes: Catherine Ross, Katia Illovna, Betty van Doren, Nadine Dubois, Carmen Garrido, Silvana Monti y Rita Mbomgah.

La última velada —si así podía llamarse a la reunión de ocho mujeres desesperadas— había transcurrido con el tedio habitual. El único momento de animación se produjo cuando Katia Illovna y Carmen Garrido discutieron agriamente por un problema nimio. Habían echado números para averiguar quién serviría aquella noche las bebidas alcohólicas y Katia acusó a Carmen de tramposa. Según Katia, su compañera había falseado su número para evitarse el esfuerzo de servir los cócteles.

Katia lanzó un estentóreo ¡borracha!, y ambas se enzarzaron en seguida, propinándose tremendas bofetadas, arañazos y tirones de los cabellos.

Sus camaradas contemplaban en actitud pasiva el altercado, sin el menor deseo de intervenir.

Hasta que Candy Farbenger se irguió y gritó:

—¡Ya está bien! Al fin y al cabo, las dos tenéis razón. Todas nos esforzamos en hacer trampas y todas somos unas borrachas despreciables. Nos emborrachamos y peleamos continuamente porque no queremos afrontar la realidad: para nosotras no hay esperanzas.

Las dos contendientes interrumpieron su refriega y se dejaron caer, jadeantes, en su asiento alrededor de la larga mesa.

—Candy ha dicho la verdad. Nos embrutecemos con el alcohol para evitar la realidad: nuestro viaje no tiene final —murmuró, abrumada, la pelirroja Betty van Doren.

Se diría que sus palabras provocaron un aliento helado que

sobrecogió a las ocho jóvenes mujeres.

Era cierto: la Valiant-II surcaba el espacio a través de Orión sin rumbo fijo. Desde que murieran los diez hombres que completaban la dotación de la poderosa astronave, el desánimo y el pavor se habían apoderado de las mujeres. Sin la presencia serena del comandante Vladimir Kubinin, sin los conocimientos técnicos y el calor humano de los hombres desaparecidos, la astronave había ido a perderse en la misteriosa Sombra Profunda de Orión, zona inexplorada y peligrosa donde los sofisticados aparatos de navegación se veían sometidos a fuerzas inexplicables, que ponían en constante riesgo la ciega trayectoria de la astronave.

La expedición había partido largo tiempo atrás de la supermetrópoli Kappa-VI, en el planeta Handoor, del sistema solar Kryboll, en el centro de la galaxia. Los expedicionarios —diez hombres y diez mujeres— habían sido seleccionados en la sofisticada ciudad de Kappa-VI por el mayor cerebro electrónico que un ser inteligente hubiera imaginado jamás. Pero detrás del cerebro artificial que ordenaba la vida en el planeta Handoor, estaba un cerebro humano: el del ambicioso Truman Ronalson, el mandatario número uno de aquel mundo automatizado y deshumanizado.

Truman Ronaldson era un individuo de casta superior, que se hacía llamar oficialmente El Honorable Pionero. En su divulgada biografía se recalcaba con énfasis que Ronaldson descendía directamente de los esforzados cosmonautas que —milenios atrás— lograron la proeza de salvar las barreras infranqueables entre las galaxias.

El Honorable Pionero sólo era un lunático que soñaba con extender el Imperio hasta los límites del Universo. Esto era sabido por todos los ciudadanos de Kryboll, cuyos más significados representantes temían que la megalomanía dé Truman Ronaldson llevase a la civilización del planeta hacia una irreversible catástrofe.

Pero en Kappa-VI nadie se atrevía a exponer sus temores y sus críticas en voz alta. El Honorable Pionero detentaba un poder absoluto, aunque oficialmente estuviera obligado a escuchar las decisiones del Consejo de los Diez, integrado por caducos personajes, algunos de los cuales adoraban al dictador, mientras otros le acataban ciegamente por temor.

- no era para menos. A los disidentes, El Honorable los neutralizaba drásticamente, condenándoles a una suerte horrible. Aunque, oficialmente, los rebeldes eran enviados en misiones espaciales de rutina, la verdad era mucho más espeluznante. Las astronaves en que partían los adversarios de Ronaldson estaban programadas para que no pudieran regresar jamás a Kryboll. Los ingenios automáticos de navegación de aquellas naves estaban sellados, dentro de cámaras acorazadas inaccesibles a los tripulantes. Inexorablemente, los condenados iban a perderse en la zona más temida de la galaxia, precisamente en el área boreal denominada Sombra Profunda que en la actualidad atravesaba la Valiant-II.
- así, los desgraciados que habían desatado las iras de El Pionero, se veían abocados a una suerte espeluznante: vagar eternamente a través de las tinieblas hasta que les sobrevenía la muerte cuando las provisiones se terminaban.

La Muerte Lenta. Los condenados iban pereciendo uno a uno, día a día, jornada tras jornada, viendo desaparecer de inanición a sus compañeros más queridos, impotentes para alterar el destino que el cerebro perverso de Truman Ronaldson había imaginado para cada uno de los audaces que se opusieran a sus locos designios.

A veces —como esa noche de la brutal pelea entre Katia y Carmen—, Candy Farbenger se preguntaba, con inquietud, si la suerte de la Valiant-II y sus tripulantes no habría sido decidida de antemano por la mente tortuosa de El Honorable Pionero.

—Hemos venido a parar justamente a la Sombra Profunda —argüía, recelosa—. ¿No es esto una señal...?

Pero en seguida ahuyentaban aquellas ideas. En la Valiant-II los sistemas de navegación y comunicación no estaban sellados. Cierto que podían funcionar automáticamente, pero cualquiera de las mujeres supervivientes podría alterar el rumbo, de proponérselo.

Sólo que... en la Sombra Profunda los aparatos electrónicos acusaban perturbaciones inexplicables y alteraciones peligrosas, haciendo de por sí ingobernable la astronave.

Trescientas jornadas se cumplían ahora desde aquella fecha fatídica en que la astronave fuera absorbida materialmente por la

turbulencia desconocida que la arrastraba hacia la zona de la Sombra Profunda.

¿Cómo pudo ocurrir la catástrofe? La astronave poseía potentes propulsores y sistemas anti-magnéticos.

Haciendo memoria, Candy Farbenger recordó que por aquellas fechas comenzaron a presentarse los síntomas del inexplicable mal que acabó, inexorablemente, con los diez miembros masculinos de la expedición.

Ben Whitney, doctor en medicina y una verdadera eminencia en biología espacial, fue el primero en dar muestras de inestabilidad psíquica.

Ocurrió en el salón oval de asambleas. Hombres y mujeres se sentaban alrededor de la larga mesa y cambiaban comentarios sobre las peripecias sucedidas en Pequeña Siberia, el asteroide bautizado con tal nombre en honor del comandante Vladimir Kubinin.

De repente, el doctor Whitney estampó su vaso contra la mesa y se alzó de un salto. Inmediatamente comenzó a proferir gritos en una lengua que nadie entendió:

—*¡Shastri inf kasalmi sphandare…!*

Sus facciones bondadosas se habían distorsionado en un rictus brutal y sus ojos arrojaban chispas. En su expresión latía un odio homicida, satánico. Y justamente clavaba su mirada en Bea Losada, la guapa mujer morena —de una belleza escultural— que había sido su compañera casi desde el inicio del viaje espacial.

Era una reacción inconcebible en un hombre tan apacible y afectuoso como Ben Whitney, que profesaba a Bea un amor tierno y entregado.

Ella palideció al verle transfigurado y al escuchar los terribles dicterios que el doctor Whitney lanzaba sobre ella. Porque era evidente: aunque nadie pudo comprender aquellas palabras, todos entendieron que significaban obscenos insultos.

El estupor fue general. Tan intenso que la siguiente reacción del doctor Whitney pilló a todos desprevenidos. Sin cesar de barbotar palabrotas en la enigmática lengua, Ben Whitney se abalanzó de repente sobre Bea Losada, le echó ambas manos al fino

y delicado cuello y comenzó a apretar con todas sus fuerzas, congestionado el rostro.

Pudo estrangularla en breves instantes, pero Kubinin fue el primero en reaccionar. Con la agilidad de un atleta bien entrenado, Vladimir Kubinin saltó a la mesa, la cruzó en tres pasos y se lanzó sobre el excitado doctor Whitney, al que derribó de un contundente golpe en el cuello.

Con todo, no fue fácil reducir al enloquecido individuo. Whitney se incorporó en el acto y atacó al comandante. Aunque Kubinin era más alto y corpulento, el médico le aferró con sus zarpas, le alzó en el aire espectacularmente y le proyectó con fuerza demoníaca contra el panel más próximo.

Los tripulantes quedaron aterrados. El doctor Whitney poseía en aquel momento, inexplicablemente, la fuerza de cinco hombres. De modo que Karras, Davies, Duward y los demás hombres tuvieron que forcejear con todas sus fuerzas antes de conseguir reducirle. En la refriega, todos ellos recibieron feroces puñetazos, patadas e incluso mordiscos. ¡Quién diría que aquella fiera de rostro contraído y enrojecido era el sensato e inofensivo Ben Whitney!

CAPITULO II

Sí, quizá fuera el exceso de alcohol el desencadenante de aquel delirio onírico que asaltó a Candy Farbenger durante las horas que descansó a solas en su cabina.

Apenas la invadió el sueño, las excitantes imágenes acudieron a ella. Primero fueron vagas figuras, paisajes olvidados, risas y cánticos. Se hallaba al borde de un rio anchuroso, rodeado de boscosas márgenes de un verde, esmeralda, brillante.

Ella estaba desnuda al borde de un remanso de arenas doradas y alisaba con un secreto gozo sus largos cabellos dorados. Su silueta esbelta y madura, en plena sazón, se reflejaba en las aguas tersas del remanso. De forma inconsciente, su mano derecha bajó desde la protuberancia puntiaguda de un seno y acarició la curva satinada de su cadera.

Inmediatamente sintió una punzada de deseo. Y en aquel momento, Candy sólo podía desear a una persona: a Vladimir Kubinin, el apuesto compañero del que se había enamorado sin sentir.

Se habían conocido ambos en la apartada y tranquila granja Helmikon, a donde fueron enviados los diez hombres y las diez mujeres seleccionados por el Supermind electrónico. El Honorable Pionero les había enviado al recóndito refugio campestre con el fin de que hombres y mujeres se conocieran entre sí.

Vladimir Kubinin se había destacado en seguida como un líder indiscutible. A su capacidad como experto cosmonauta e investigador, Vladimir unía un carácter cordial, humano y carismático que ganaba fácilmente todas las voluntades.

Durante los primeros días de confraternización en la granja, la exuberante y hermosa Silvana Monti dedicó todas sus artes femeninas a cautivar al hombre que sería el comandante de la expedición, pero Vladimir Kubinin se inclinó decididamente a los pocos días, por la rubia Candy Farbenger.

Sin embargo, no llegaron rápidamente a la intimidad que otras parejas gozaban ya. Aquella tarde, Candy escuchaba las risas de sus compañeras, que retozaban en el río, aguas abajo.

En el momento de percibir la ardorosa llamada del deseo, Candy escuchó un crugido próximo. Sobresaltada, recogió apresuradamente sus ropas e intentó cubrir su desnudez...

Vladimir estaba allí, a pocos pasos de distancia, entre los arbustos espesos que se asomaban al río.

Una sonrisa tranquilizadora distendía sus labios viriles.

—No temas. Soy yo.

Llegó caminando descalzo sobre la arena crugiente y húmeda. Casi desnudo, pues apenas un sucinto slip de malla velaba una mínima parte de su cuerpo musculoso y bronceado.

Candy se estremeció cuando las manos del hombre se posaron en sus hombros. Una vibración placentera se había apoderado de ella, sus manos se aflojaron, su vestido cayó sobre la arena.

Gentilmente, Vladimir la besó y ambos se recostaron en la arena. Y después...

En la fantasía onírica de Candy Farbenger no hubo el deleitoso después que aguardaba, porque el sueño se interrumpió justamente en aquel instante.

Alguien la zarandeaba con fuerza.

—¡Despierta, Candy, despierta!

Abrió los ojos, frustrada, rabiosa.

—Siento molestarte, Candy —se disculpó Betty con las palabras y con el gesto—. Acabo de descubrir algo horrible.

Un turbión de temores agitó a Candy, que se incorporó bruscamente.

—¿Qué? ¿Hemos chocado con un asteroide, con un grupo de aerolitos? — murmuró, todavía desconcertada.

—No. Acabo de encontrar a Nadine en su cabina. Esta muerta —declaró Betty van Doren.

Los conceptos penetraban con dificultad en la mente acorchada de Candy.

—¿Muerta...?

—Será mejor que te vistas y vengas conmigo.

Introdujo a toda prisa sus piernas desnudas en las mallas, se calzó las flexibles botas, tomó una camisa elástica y corrió en pos de Van Doren.

Las otras mujeres se habían reunido en la cabina de Nadine, pero Betty las apartó de su camino sin rigor, pero con energía. Por el rabillo del ojo, Candy advirtió que Silvana Monti acariciaba a la delgada Rita Mbomgah. Aunque sus palabras simulaban servir de consuelo a la benjamina del grupo, parecía evidente que Silvana en aquellos contactos más deseo sexual que sentimientos compasivos.

Betty acababa de descorrer la puerta del cuarto de aseo. Nadine yacía en un baño de sangre, todavía humeante.

—Un suicidio clásico —comentó Katia Illovna, detrás de ellas —. Se abrió las venas de las muñecas en un baño perfumado y tibio. ¡Miradla! Parece sonreír.

Nadine, tan elegante, tan delicada, tan bella, parecía viva. Pero estaba muerta, según pudo comprobar Candy a los pocos segundos. La sangre había manado profusamente y teñido el agua —todavía tibia— de un color rojo vivo. Los largos cabellos castaños de Nadine flotaban sobre el agua como un halo fúnebre.

Candy iba a sollozar, pero se contuvo.

—Ahora, sólo quedamos siete —dijo Katia, desde la puerta—. ¿Qué va a ser de nosotras, Farbenger?

Candy alzó el busto con un esfuerzo de voluntad.

—Saldremos de ésta. Tenemos que vivir —replicó. Las otras mujeres clavaban desesperadamente sus miradas en el rostro inexpresivo de Candy Farbenger. Nadie la había elegido como líder, pero en la práctica todas ellas se acogían a su ánimo sereno y a su capacidad para afrontar las situaciones más dramáticas.

—¿Y ahora...? —planteó Catherine Ross. Que se retorcía desesperadamente las manos y pugnaba por contener un sollozo.

Las facciones de Candy se endurecieron.

—Amortajaremos el cadáver de Nadine, lo depositaremos en un sarcófago de aluminio y lo llevaremos a la cámara frigorífica donde reposan los cuerpos de nuestros compañeros muertos —indicó Farbenger—. Y en adelante, se acabarán las orgías alcohólicas. Sospecho que Nadine aún viviría si el alcohol no la hubiera empujado a lo irremediable.

En aquel instante, los ánimos estaban conturbados por la reciente tragedia y ninguna de las mujeres se atrevió a rebatir las palabras de su líder natural. Sin embargo, en las jornadas siguientes la abstinencia de alcohol decretada por Farbenger habría de provocar varios incidentes violentos.

En el fondo de su corazón, Candy compadecía a sus compañeras, sin permitirse la menor debilidad a sí misma. Entendía que el alcohol venia a ser un lenitivo para aquellas mujeres que se habían visto obligadas a vivir escalofriantes tragedias. A partir de la estancia en el asteroide Nueva Siberia, desconocidas fuerzas habían acabado con Vladimir Kubinin, Ben Whitney y otros ocho hombres más.

Después... la soledad, la incertidumbre y la desesperación habían abocado a dos mujeres al suicidio. Amanda Galves se había quitado la vida inyectándose un mortífero cóctel de drogas halladas en el botiquín. Bea Losada había optado por un final mil veces más escalofriante: en un descuido de sus compañeras, se arrojó al inmenso vacío tenebroso para no regresar jamás.

Sí. El alcohol venía a ser un consuelo para aquel grupo de mujeres desesperadas. El alcohol... y los escarceos lésbicos, a los que la mayoría había venido entregándose en una desesperada búsqueda de consuelo y amor. No eran solamente la agresiva Silvana Monti y la pequeña Rita Mbomgah quienes practicaban el lesbianismo. También Katia Illovna y su aparente rival Carmen Garrido habían sido sorprendidas varias veces mientras gozaban de aquella clase de amor...

Si los juegos lésbicos constituían una práctica forzada por las circunstancias, el exceso de bebidas alcohólicas era mil veces más peligroso, según consideraba Candy Farbenger.

—Si el alcohol entorpece nuestros cerebros, ¿cómo podremos hallar la forma de sobrevivir, de abandonar alguna vez la zona de

la Sombra Profunda? —se planteaba, desanimada.

Tomaron con cuidado el cuerpo de Nadine, lo sacaron del baño escarlata y lo depositaron delicadamente sobre su lecho. Mientras enjugaban sus cabellos e impregnaban el cadáver con perfumes, Betty van Doren murmuró, abatida:

—¡Pobre Nadine! Ella soñaba con quedarse a vivir en un mundo nuevo, lejos de Kryboll, de Handoor y de Kappa-VI. «Es un mundo artificial, despersonalizado, regido por un perturbado», solía decir. Nunca había experimentado tales inquietudes hasta que fuimos a pasar la etapa de confraternización a aquella lejana granja de Helmikon. Nadine nunca había contemplado la naturaleza y se exaltaba observando el vuelo de los pájaros o reía como una loca tratando de apresar un escurridizo pez en el río. Nadine estaba muy contenta cuando supo que, con seguridad, formaría parte de este viaje de exploración. Soñaba con descubrir un mundo suave, más humanizado y natural de Handoor. No para ofrendarlo a los pies del Honorable Pionero, sino para quedarse a vivir allí para siempre, entregada al amor y a la naturaleza. Y ahora...

Los dedos femeninos se movían ágiles, enfundando a Nadine en sus ropas de muerte. Katia y Carmen habían depositado en el suelo una larga caja de aluminio, entre tanto.

Nadine parecía dormida. Una sonrisa placentera y liberadora fruncía apenas sus labios finos. Dormida, sí, pero para siempre, según caviló Candy, traspasado el corazón de piedad.

Bruscamente se incorporó e indicó:

—Cerrad la tapa.

Entre todas, tomaron el sarcófago en hombros y se dirigieron a la sección de cámaras frigoríficas de la gran astronave.

Candy no había vuelto a aquel lugar desde que Vladimir desapareciera, devorado por el mal y la locura.

Y ahora, enfundadas en los trajes protectores contra la bajísima temperatura del frigorífico, las mujeres contemplaron con gestos sombríos la puerta que se descorría silenciosa mostrando el compartimiento helado.

Allá, al fondo de la cámara, se apilaban doce sarcófagos de aluminio semejantes al que portaban en sus hombros las siete

mujeres.

Candy pensó en Vladimir, yerto, rígido y muerto, en el interior de uno de aquellos cajones metálicos.

«Nunca volveremos a vernos. Ya no quedan esperanzas», pensó, acongojada. Pero apretó las mandíbulas y exclamó:

—¡Entremos! Terminemos cuanto antes.

Penetraron en la gélida estancia a la luz espectral de las lámparas indirectas. Había dos pilas de sarcófagos de cinco cajones cada una, y otra —más pequeña— con sólo dos ataúdes. Sobre estos dos fue colocado el sarcófago que contenía el cadáver de Nadine Dubois. Luego, apenas un instante de recogimiento y reflexión y las siete mujeres volvieron silenciosas sobre sus pasos. La puerta de la cámara se cerró a sus espaldas y todo terminó.

Algún tiempo después, Candy se dirigió a la cabina de navegación. Hastiada, consultó los controles de los diferentes sistemas, comprobó que la perturbación agitaba los diales y conectó los visores de proa.

Nada. Oscuridad total, densa, mortal. Ni un destello de vida en la extensión ilimitada del área de la Sombra Profunda El vacío absoluto que mostraban las pantallas de televisión introducía un terror hondo en el alma de Candy Farbenger.

—Nunca vi nada más escalofriante —murmuró, impresionada —. Es como volver a la Nada.

CAPÍTULO III

Cuando Candy volvió al salón oval, sólo se encontraban allí Betty van Doren y Catherine Ross.

—¡Qué ha ocurrido? ¿Dónde están las demás? —preguntó, inquieta.

Betty sonrió sin ganas.

—Imagínatelo —respondió—. Silvana ha arrastrado a la espiritual Rita Mbomgah hasta su cabina, después de prometerle públicamente toda clase de delicias... Katia consiguió robar una botella y se emborrachó. También se marchó en compañía de Carmen, aunque ambas fingían estar enfurruñadas y discutían a voz en grito. Pero no temas: acabarán por entenderse en la intimidad.

Candy se sentó junto a sus compañeras.

—Quien me preocupa es Rita Mbomgah —comentó Catherine.

—¿Rita?

—Estaba un poco bebida, pero dijo algo que nos sobrecogió.

—¿Qué dijo?

—Propuso que nos emborracháramos todas y después nos pincháramos una inyección letal. «Me gustaría que todas muriésemos juntas, unidas por las manos», dijo. Yo diría que no bromeaba cuando se manifestó así. ¿Te imaginas, Candy?

—¡Callad, por favor! Es horrible negarse a la vida..., mientras nos quede un soplo, un aliento de vitalidad —respondió Farbenger.

Catherine se encogió de hombros. Betty no hizo ningún comentario. La conversación languidecía lastimosamente.

De repente, Catherine se alzó de su asiento.

—Bebamos —propuso—. A fin de cuentas, ¿qué importa que nos emborrachemos un poco? Será igual: nuestra suerte está

echada.

—¡Quieta! —ordenó Farbenger, tensa—. Ni un trago de alcohol. ¿Quieres terminar abriéndote las venas como Nadine?

Catherine dejó caer los brazos y se abatió sobre su asiento. Un sollozo desgarrado brotó de sus labios. Su pesar era tan hondo que sus hombros se estremecían violentamente al compás de los gemidos.

Su actitud era tan patética que Candy y Betty se sintieron traspasadas por la compasión. Como de común acuerdo, ambas rodearon a su compañera por los hombros y le prodigaron sentidas palabras de consuelo.

—Vamos, vamos, cálmate, querida Cathy. Te aseguro que podrás vivir perfectamente sin el alcohol.

—Pero... ¡me siento tan desgraciada, tan abandonada y llena de miedos! Tengo miedo a morir, Farbenger, y al mismo tiempo temo afrontar este viaje sin final. A veces pienso si nuestras amigas que eligieron la muerte no escogieron acertadamente. Como dijo Rita Mbomgah, es preferible una muerte dulce y rápida.

—¡Catherine! — la reprendió Candy—. ¿Cómo puedes decir tal cosa? La vida es un don precioso. Cada persona tiene el deber ineludible de conservarla hasta...

—¿Hasta cuándo? —la desafió Ross, violenta—. ¿Hasta volverme loca de horror y desesperanza?

Candy no supo qué responder. Cambió una mirada con Betty y se puso en pie.

—Vamos, Catherine, querida. Te llevaremos a la cama. Han sido demasiadas emociones por hoy. Debes descansar.

La tomaron por los brazos y la arrastraron suavemente hacia su cabina. Catherine se dejó llevar con mansedumbre. Incluso permitió que sus camaradas la desnudaran, y le ayudarán a vestir las ropas de dormir. Pero cuando Betty y Candy se despedían, la joven sufrió un ataque de nervios!

—¡Por favor, por favor, Candy, no me dejes sola! —suplicó—. Me resulta muy difícil dormir. Cuando lo consigo me asaltan horribles pesadillas. Pienso... pienso que todas estamos

contaminadas por el mal de Nueva Siberia y acabaremos de forma tan espeluznante como nuestros compañeros desaparecidos. Son... son pesadillas horribles, espantosas. Sueño que... que empuño un hacha y... os voy cortando la cabeza a todas, una por una.

—Calla. Debes olvidar lo que sucedió, como nos esforzamos todas en olvidar. Tranquilízate. Estaré un momento contigo, hasta que te duermas. Vete a descansar, Betty. Tú también estás muy cansada. Yo cuidaré de Catherine —dijo Candy, derrochando paciencia y comprensión.

Betty se encogió de hombros y abandonó silenciosamente la cabina, mientras Candy acostaba a su compañera y le acariciaba los sedosos cabellos castaños.

Catherine sollozaba entre dientes y tiritaba.

—Por favor, acuéstate conmigo. Sólo un instante —rogó.

—Eres como una niña — le reprendió Farbenger—. ¡Y pensar que cuando abandonamos el astródromo de Handoor me pareciste la mujer más decidida del mundo...! Evidentemente, este largo viaje nos ha debilitado a todas.

Se dejó caer junto a Catherine, aunque a cierta distancia. Pero ella seguía tiritando y le tendió los brazos, anhelante.

—Abrázame, estoy helada.

Una vez más, Candy transigió. Al instante, Catherine se abrazó a su cuello y le besó con ansia en los labios.

—¡Cathy! —exclamó Candy, rígida.

Y su compañera volvió a lloriquear.

—No me rechaces, te lo ruego. Estoy desesperada, Candy. Necesito amor, mucho amor. ¿No me ves como a una niña desvalida? — protestó, melindrosa.

Farbenger abandonó el lecho de un salto.

—Catherine, yo puedo darte afecto y comprensión, pero no la clase de amor que tú me pides —le reprochó—. De modo que procura dormirte y descansar. Te deseo felices sueños.

Abandonó la cabina. Detrás de ella aún resonaban los gemidos

mimosos de Catherine Ross.

«¿Cómo... cómo es posible? —se preguntó Candy, asombrada —. Yo también necesito amor. Sobre todo en estas circunstancias tan penosas. Incluso siento la inquietud de mi cuerpo joven y sano. Pero Catherine, mis otras compañeras..., ¿cómo es posible que piensen sólo en el sexo, en esa clase de sexo. Verdaderamente, debe ser la desesperación y la soledad», caviló, camino de su cabina.

La soledad la rodeó, en cuanto la puerta se deslizó a su espalda, cerrando el cómodo compartimento.

Se acostó en seguida y ocultó la cabeza entre las sábanas, tan finas que eran una caricia para su cuerpo semidesnudo.

—Vladimir — murmuró, triste.

No consiguió dormir en largas horas. Pensaba en Vladimir, su alegre y afectuoso compañero, su amante delicado, el comandante Kubinin, maduro, pletórico de experiencia y de humanidad.

¿Por qué murió Kubinin, por qué murieron todos los demás — Whitney, Karras, Davies, Duward, Schilla, Varensen, Jiménez, Kafarian, Quinteiro—, y, en cambio, la extraña enfermedad no afectó a ninguna de las mujeres?

El doctor Whitney lo había dicho en uno de sus escasos momentos de lucidez, después de adquirir el mal:

—Es el sexo. Al parecer, las mujeres sois invulnerables al maléfico virus que nos contaminó en Nueva Siberia.

Lo cierto fue que los hombres fueron perdiendo la razón, uno tras otro. El segundo fue Joáo Quinteiro, un hombretón robusto, muy moreno, eternamente sonriente y cordial, el compañero más divertido a lo largo del interminable trayecto. Quinteiro jamás perdía el ánimo, incluso en las circunstancias más comprometidas. «Se parecía mucho a Vladimir en su constancia, en su humanidad, aunque mi compañero era un tanto más severo y responsable», recordó Candy, insomne.

Los primeros síntomas del mal se presentaron en Joáo Quinteiro con un cambio radical de carácter. Se tornó huraño, silencioso, quisquilloso. No podía soportar la compañía de los demás —él, que siempre deseaba la proximidad de los otros—, se encolerizaba cuando Katia Illovna trataba de calmarle, discutía,

gritaba como un energúmeno y se encrespaba por cualquier cosa.

Vladimir Kubinin le hizo ver el cambio sufrido y Joáo lo derribó de un tremendo puñetazo. Cuando los demás hombres trataron de reducirle, Quinteiro arrancó dos dedos de la mano a Zoltan Karras de una feroz dentellada.

Tuvieron que golpearle sañudamente para evitar sus furiosas tarascadas, más propias de fiera salvaje que de un ser humano.

Recordando esto, silenciosas lágrimas rodaron por el rostro de Candy Farbenger.

El larguísimo viaje de exploración no había ofrecido peripecias insoslayables. Hasta que divisaron la mole irregular del asteroide al que bautizaron con el nombre de Nueva Siberia. Siberia era una palabra remota, transmitida de generación en generación por la familia de los Kubinin. Para Vladimir no tenía una significación directa, pero mencionó la palabra y sus camaradas decidieron llamar Nueva Siberia a singular asteroide, cuya superficie aparecía erizado de altas crestas rocosas y surcado por barrancos profundos.

Les sorprendió considerablemente que Nueva Siberia poseyera una atmósfera respirable, aunque tenue. Perteneciente al sistema solar Hammenkohl, NS —como le llamaron en seguida— poseía un volumen similar a un pequeño satélite. Se encontraba a distancia excesiva de alguno de los estériles cuerpos celestes que habían explorado y parecía desplazarse por el espacio sin una órbita determinada.

NS no tenía ninguna importancia para los cosmonautas, a pesar de su leve atmósfera y de los someros líquenes que crecían sobre su superficie rocosa. La astronave Valiant-II consiguió tomar tierra en un angosto páramo entre montañas. La temperatura ambiente era muy baja, entre los dos y los seis grados centígrados. Tras realizar análisis exhaustivos del suelo y la atmósfera, Kubinin propuso un paseo de exploración a través del abrupto terreno.

No era necesaria la respiración autónoma y los exploradores podían desplazarse fácilmente a saltos de un risco a otro, en virtud de la escasa gravedad. Pero no hallaron nada de importancia, por lo que algunas jornadas más tarde se elevaban sobre los macizos irregulares de Nueva Siberia y se alejaban en busca de nuevos cuerpos celestes.

De nuevo en el espacio infinito, Ben Whitney solicitó la ayuda

de Candy Farbenger —experta en zoología y botánica— para analizar y estudiar las muestras de líquenes tomadas en el asteroide NS.

Comprobaron, asombrados, que los especímenes vegetales —diminutos— se desarrollaban espectacularmente a bordo de la Valiant-II, de forma que en pocas horas los líquenes habían triplicado su tamaño.

—¡Increíble! —comentó el doctor Whitney—. ¿Cómo es posible?

—La atmósfera que respiramos a bordo es más rica en oxígeno que la del asteroide. Es la única explicación.

En las jornadas siguientes, las pequeñas plantas siguieron creciendo hasta alcanzar un palmo de altura. Sus tallos eran de un color rojizo y transparentes, dotados de innumerables ramificaciones a modo de venillas. Candy había colocado las muestras en tarros de cristal que contenía una solución rica en minerales y productos orgánicos.

En una visita al laboratorio, Ben Whitney hizo un descubrimiento singular: cuatro de las cinco plantas se hallaban fuera de sus tarros correspondientes. Las pequeñas raicillas primitivas se habían convertido en unos tentáculos con los que los líquenes se adherían fuertemente a la superficie de la mesa de trabajo.

Envió inmediatamente aviso a Farbenger y le preguntó si ella había sacado los especímenes de los recipientes de cultivo.

—En absoluto —respondió ella, sorprendida—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Whitney la miró, dubitativo.

—En tal caso, habremos de admitir que estos líquenes pueden desplazarse por si mismos.

Candy observó los tentáculos —raíces con interés. Comprobó que los tarros con la solución alimenticia estaban vacios, a excepción del que ocupaba uno de los líquenes, verdaderamente ajado y mustio. Los otros, por el contrario, presentaban un aspecto lozano y vigoroso, erguidos sus tallos transparentes, coronados por una vegetación espesa. Tenían un brillo metálico, de tono verdoso y

fosforescente, aquellas pequeñas hojas puntiagudas.

—Fascinante —murmuró Farbenger, extasiado—. Se diría que estos especímenes procedentes de NS fueran algo más simples vegetales primitivos.

Rellenaron los tarros con el abono líquido y devolvieron las plantas a las vasijas. Al día siguiente, el fenómeno se había vuelto a repetir. Las plantas, que medían ya más de treinta centímetros, habían escapado de los tarros. Una de las cinco muestras había muerto, al parecer. Dentro de su tarro de cristal, el espécimen había perdido su color verde y mostraba un aspecto deplorable. La solución cristalina de abono tenía un color rojizo sucio. Whitney sacó la planta, la observó un momento y la arrojó al destructor químico de residuos. Olió el líquido contenido en el tarro y frunció la nariz disgustado.

—¡Uf! —resopló, asqueado—. ¡Esto expande un hedor insoportable!

Candy tomó el tarro y lo olfateó. Al punto lo retiró vivamente de su nariz.

—Yo diría que huele a muerto. A carne muerta —murmuró, sobrecogida.

—Pero... ¡no es posible! —protestó Whitney—. No es un animal. Se trata de un vegetal. Y los vegetales, aunque muertos y corrompidos, no exhalan un hedor tan repugnante.

Absorta, Candy contemplaba las cuatro frondosas plantas que habían sobrevivido. Dos de ellas estaban en el centro de la mesa, una tercera se hallaba al borde mismo y la cuarta se había adherido firmemente a una de las patas metálicas que sostenían el mueble.

Aparentemente permanecían inmóviles, pero Farbenger buscó una lupa, observó con interés las raíces en forma de tentáculos y se incorporó vivamente.

—¡Se mueven, Ben! Esos tentáculos se mueven. Con una lentitud exasperante, sí, pero avanzan. ¡Compruébalo tú mismo!

Whitney tomó la lupa, se agachó y observo la planta firmemente sujeta a la pata de la mesa. Al principio, no advirtió nada anormal, pero luego vio cómo uno de los tentáculos-raíces se despegaba del tubo de metal, avanzaba unos milímetros y volvía a

adherirse al cilindro de duraluminio.

—Jamás contemplé un fenómeno semejante —susurró, estupefacto—. ¡Unas plantas capaces de desplazarse por sí mismas...!

Candy le miró con inquietud.

—¿Y si no fueran plantas, si no fueran vegetales?

Ben estalló en una carcajada nerviosa.

—¡Vamos, vamos. Farbenger! Estos seres tienen todo el aspecto de vegetales: raíces, tallos, ramas, hojas...

—Sí, pero observa esas venosidades rojizas. Lo que corre por ellas no es la savia, ligeramente verdosa, de los vegetales comunes. Por esos conductos fluye algo que tiene el color de la sangre.

A contraluz, Whitney estudió, contenida la respiración, la morfología de los extraños líquenes. Los tallos eran tan transparentes que permitían contemplar con claridad las ramificaciones a modo de venillas. El líquido que circulaba a través de ellas era, evidentemente, de color rojo, semejante al de la sangre. Pero Whitney fue más allá. Una observación más atenta le permitió descubrir en la planta una complicada red de líneas —más delgadas— que recorrían los tallos, ramas y raíces en toda su longitud.

—Si no estuviera seguro de que estoy observando un liquen, yo diría que esas líneas casi microscópicas forman un sistema nervioso —comentó.

Candy Farbenger no disimuló su inquietud.

—Ben, creo que deberíamos destruir estos especímenes —dijo.

—¿Por qué? —protestó el médico—. Constituyen un tesoro inestimable para un investigador. Plantas capaces de moverse, de caminar... ¿Te imaginas nuestro éxito cuando regresemos a Handoor? El mundo científico se estremecerá cuando demostremos esta anomalía de la naturaleza. Seremos famosos, se nos abrirán todas las puertas de los templos del Saber, allá en Kappa-VI, obtendremos privilegios y recompensas...

No había argumento suficiente para convencer a Whitney de la

necesidad de destruir aquellas plantas insólitas.

—Haremos algo muy distinto —propuso—. En lugar de llenar los tarros con fertilizante líquido y devolver las plantas a sus recipientes, observaremos sus conductas. ¿No te apasiona el experimento? Comprobaremos hasta dónde son capaces de llegar —exclamó, excitado.

CAPITULO IV

Al iniciarse la jornada siguiente, Ben Whitney despertó a Farbenger y ambos penetraron en el laboratorio, que había sido cerrado anteriormente mediante un invulnerable sistema de clave matemática, indescifrable para los demás tripulantes de la Valiant-II.

Franqueado el paso, hallaron que los cuatro líquenes supervivientes se habían trasladado a lo alto del estante en el que se encontraba una gruesa bombona de cristal que contenía el líquido fertilizante.

Cada una de las plantas media ya cincuenta centímetros de altura. Enlazadas íntimamente entre sí, ofrecían su follaje esplendente desde lo alto del estante.

La botella que contenía el fertilizante estaba rota. ¿Cómo era posible?

—Supongo que introdujeron sus raíces a través del cuello de la bombona para chupar el líquido vital. El cristal no soportó la presión de los tentáculos y se rompió.

Candy asintió en silencio y contempló con estupor la frondosa masa verde que componían los líquenes gigantes.

—Hay una fuerza terrible dentro de esos organismos, sean simples vegetales primitivos o cualquier otra cosa —opinó la mujer —. Me da miedo, Ben. Tus especímenes han agotado en pocas jornadas el fertilizante suficiente para alimentar docenas de plantas durante un año. No nos quedan más botellas de fertilizante, tú lo sabes. Y esos seres parecen insaciables. ¿Cómo se alimentarán a partir de ahora? Lo más sensato sería dejarlos morir.

Pero Whitney se opuso tenazmente.

—¿Dejarlos morir? Sería como... como un asesinato. Tú misma, Candy, has aventurado la hipótesis de que estos especímenes sean algo más que simples vegetales primitivos. Debernos estudiarlos y observarlos exhaustivos, descubrir este enigma viviente. En cuanto

a su alimentación, podemos componer alguna sustancia nutritiva que les permita vivir y seguir desarrollándose.

—Estás loco —le apostrofó Farbenger—. En cinco jornadas, esas plantas han multiplicado su volumen por mil. ¿Hasta dónde quieres llegar, Ben?

—Hasta donde sea posible —respondió Whitney, con la excitación de un iluminado.

Candy reflexionó sobre el particular, preocupada.

—¿Has informado a Vladimir Kubinin acerca de nuestras experiencias con los líquenes de NS? —quiso saber.

Whitney rehuyó la mirada.

—El comandante tiene otros intereses. Está absorto en la contemplación de sus computadoras y artilugios electrónicos. El sólo desea descubrir nuevos mundos que ofrecer a la voracidad insaciable de El Honorable Pionero. Estas muestras vegetales no atraen su atención para nada. Te juro que intenté explicarle la importancia de nuestro experimento, pero Vladimir apenas me escuchó.

Whitney era demasiado sincero para mentir. Probablemente tenía razón. El comandante Kubinin exploraba constantemente el espacio en las pantallas, ansioso por hallar el rumbo que le llevase al descubrimiento de nuevos planetas habitables. Por lo regular, el astrónomo Zoltan Karras y él se I encerraban en la cabina de rastreo electrónico y permanecían allí largas horas, abstraídos en el análisis de los datos que les ofrecía la sofisticada computadora de a bordo.

Al final de la jornada, Vladimir solía visitar a Candy en su camarote privado. A veces, se sentía tan fatigado que se retiraba pronto, dejando a la mujer frustrada y vacía. Sus contactos íntimos se iban espaciando cada vez más, a medida que la astronave se alejaba del asteroide NS. En cuanto a las cuestiones eróticas, Vladimir Kubinin era un hombre impredecible. En ocasiones, se veía dominado por el furor amoroso y exigía a Candy ardientes veladas íntimas, en las que demostraba una potencia poco común. Entonces, ambos se entregaban totalmente el uno al otro y gozaban apasionadamente de los juegos carnales.

Sin embargo, otras veces Vladimir se sentía poseído por el afán

de la exploración electrónica y apenas dedicaba atención a la mujer que amaba.

Mientras pensaba todo esto, Candy observaba, atenta, los tentáculos de los líquenes, firmemente adheridos al estante metálico. Aquellas pseudo-raíces se habían desarrollado tanto que ahora tenían el grosor de un dedo humano. E incluso parecían recubiertos de una fina piel escamosa, de un desagradable tono gris-verdoso.

Candy se acercó con cautela a Whitney, el cual contemplaba las ramosidades verdosas con singular atención.

Ahora, el movimiento de los tentáculos-raíces era constante, aunque muy lento. Candy estudió el pigmento de las escamas oscuras, la vibración apenas perceptible de la piel grisácea. Y de repente exhaló un gritito.

—¿Qué…? —exclamó el doctor Whitney, volviéndose hacia ella alarmado. Y observó la palidez que se extendía por las carnosas facciones de Candy Farbenger.

—Son como garras —susurró ella, señalando las numerosas prolongaciones de los tentáculos—. ¡Observa con atención, Ben! Cada tentáculo termina en una pequeña y diminuta uña curvada!

—Cierto —asintió él, tranquilizado—. Y resulta apasionante. ¿Nos encontramos ante una simbiosis de animal y vegetal?

Farbenger se estremeció, a su pesar.

—Más bien me siento inclinada a pensar que tenemos ante nosotros un engendro diabólico —respondió, jadeante—. Reflexiona, Ben: ante estos especímenes, siento que se ha trastocado el orden universal y se han mutado las leyes elementales de la Naturaleza. En todos los mundos habitados conocidos, los vegetales son seres inmóviles, con una función determinada. Lo que estamos contemplando escapa a cualquiera de las constantes de la Naturaleza. Esto es… diabólico.

Ben Whitney dejó escapar una carcajada.

—¿Diabólico? Para mí, resulta una experiencia fascinante. Y nada más. Vamos, Candy: estás demasiado excitada. ¿Qué podemos temer? Lo que tenemos ante nuestros ojos es extraordinario, te lo concedo. Extraordinario, pero inofensivo. Si dejamos de alimentar a

estas plantas, probablemente morirán. Una de ellas murió. Son tan vulnerables como cualquier criatura de la creación.

Ofreció una pastilla de goma de mascar a la mujer y se llevó otra a la boca. Candy retiró el envoltorio de fina lámina de aluminio y se llevó la pastilla de chicle a los labios.

Y entonces sucedió: uno de los tentáculos se agitó en el aire y le arrebató a velocidad de vértigo la porción de chicle aromatizado con menta y clorofila.

Farbenger retrocedió de un salto. Cuando volvió a ser consciente de sus actos, la porción de goma de mascar había desaparecido entre los tentáculos de los singulares líquenes, que se movían con exasperante lentitud sobre el estante metálico.

—¿Has visto? —clamó la mujer, despavorida.

—¡Admirable, admirable! —farfulló Whitney. Permanecía en trance, contemplando sin pestañear la masa de grisáceas raíces, que se agitaban en un movimiento impreciso, como si se tratase de un conglomerado de gruesas lombrices ateridas.

—¡Ben, Ben, tienes que reaccionar! ¡Se trata de un ser inteligente, no de una simple planta! —le zarandeó, histérica—. Uno de los tentáculos acaba de arrebatarme la pastilla de chicle. ¿No lo has visto?

—Lo he visto —replicó el médico, sin mirar a su compañera—. Un fenómeno digno de estudio más profundo. Veamos si...

Whitney se aproximó más a la frondosidad verdosa y apoyó una mano en el estante, donde se adherían los tentáculos. Súbitamente, un apéndice armado de una uña aguda y córnea, brotó de entre la movible masa y rodeó el brazo del médico.

Al punto, brotó una gota de sangre en la piel. La uña avanzó y succionó con avidez el rojo líquido vital.

—¡Ben! —chilló Farbenger—. ¡Ese engendro te está chupando la sangre! ¡Retira inmediatamente la mano!

Whitney no se movió. Su mirada perdida no acusó la menor reacción a los gritos histéricos de Candy, quien finalmente le aferró de los hombros y le arrancó de la estantería con un tirón brutal.

El médico se revolvió con fiereza.

—¡Déjame, suéltame! ¡Estoy llevando a cabo una experiencia prodigiosa! —gritó como un energúmeno.

Dos contundentes bofetones le devolvieron la sensatez. Un momento después, Candy lograba arrastrarle a distancia suficiente de la estantería.

De la muñeca derecha de Whitney brotaba un hilillo de sangre. Sin perderle de vista, Candy tomó un apósito y un frasco de desinfectante y enjugó la pequeña herida, que seguía manando sangre sin cesar. Gruesos goterones salpicaban el pavimento de plástico duro del laboratorio. Entretanto, Candy preparó una inyección de coagulógeno y pinchó el antebrazo de Ben, que se dejaba hacer mansamente, incapaz de reaccionar.

Al cabo de unos minutos, la sangre dejó de brotar de la diminuta punción. Candy desinfectó a fondo y aplicó un apósito adhesivo.

—Esos seres tienen cerebro. Pueden nutrirse de cualquier cosa, incluida la sangre humana, Ben. Recapacita. Es preciso que destruyamos, a esa cosa, o quizá tengamos que lamentarlo. Ahora estamos a tiempo.

—Sí... —murmuró Whitney, extática la mirada.

Candy espiaba de reojo. ¿Era una alucinación o verdaderamente la masa de los líquenes crecía constantemente?

Pensaba en esto, cuando vio agitarse las ramúnculas verdes y fosforescentes. Los tentáculos comenzaban a deslizarse estantería abajo, hacia el suelo. Uno de los más largos apéndices avanzó vertiginosamente y la uña absorbió una gota de sangre caída en el suelo. Y después otra y otra.

—Vámonos de aquí. Nuestro deber es informar a Vladimir Kubinin —dijo con el miedo reflejado en su rostro.

Agarró a Whitney por la cintura y le obligó a ponerse en pie.

Ben carecía de voluntad en aquel momento. El estupor más intenso se había apoderado de él y su mirada volvía obsesivamente a la contemplación de los monstruosos líquenes.

—Asombroso, fascinante —repetía, como hipnotizado. En el pasillo se encontraron con Katie Illovna.

—Echame una mano —le pidió Candy—. Llevemos a Ben a su cabina.

Vladimir Kubinin y Zoltan Karras permanecían absortos ante la pantalla de la computadora, cuando Candy penetró en la simple estancia de rastreo electrónico.

Vladimir se volvió sin disimular un gesto de contrariedad ante la interrupción, gesto que dulcificó al reconocer a Candy.

—¿Qué ocurre?

—Algo inimaginable —respondió la joven, que no se esforzó en disimular su preocupación íntima—. ¿Puedes venir un momento conmigo? Zoltan se ocupará de continuar el rastreo.

Vladimir se incorporó y pasó su musculoso brazo por los hombros de Candy.

Cuando estuvieron fuera de la cabina, el hombre buscó la mirada de la mujer.

—Estás muy pálida. ¿Qué es lo que te conturba? —indagó.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos —respondió ella.

CAPITULO V

—¿Qué es eso? —exclamó el comandante Kubinin.

Sus ojos contemplaban aquella especie de arbusto frondoso que crecía en la estantería del laboratorio.

—Son… las muestras de vida vegetal que Ben Whitney tomó del asteroide NS. Líquenes de apenas unos milímetros de longitud —especificó Farbenger—. Whitney pidió mi ayuda para estudiar y catalogar esos minúsculos vegetales. Los colocamos en unos tarros de cristal con un fertilizante especial. En seguida comenzaron a crecer. Comprobamos que no se trataba de unos líquenes vulgares. En realidad, no creo que sean vegetales, aunque tengan la apariencia propia de las plantas. Pueden moverse, trasladarse por sí mismos, y lo que parecen raíces son en verdad tentáculos terminados en una uña córnea. Uno de esos apéndices me arrebató de mi mano una goma de mascar. Ben quiso hacer una prueba: puso una mano al alcance de los tentáculos y una uña se clavó profundamente en su brazo y absorbió la sangre que manaba… Todo ello antes de que yo lograse arrancarlo de ahí.

Impulsivamente, Kubinin avanzó unos pasos hacia el raro espécimen.

—¡No te acerques! —chilló Candy, aferrándole de un brazo.

Vladimir la miró, sonriente.

—Estás fuertemente impresionada, querida. En verdad, el desarrollo de esas plantas es extraordinario, pero no creo que exista el menor peligro. ¿Dices que los líquenes son capaces de trasladarse de un lugar a otro? Resulta apasionante, pero… ¿no habrás sufrido alguna alucinación? Lo que tú tomas por uñas, pueden ser, sencillamente, simples espinas. ¡Déjame ver! Te prometo que no me acercaré demasiado, pero necesito observar ese fenómeno de la Naturaleza. A fin de cuentas, es el único incidente extraordinario que se nos ofrece al cabo de un largo viaje espacial.

Kubinin se desasió de las manos de la mujer con un ademán enérgico. A cuatro metros de distancia, contempló las singulares

arborescencias fosforescentes y las fuertes extremidades radiculares.

—No advierto ningún movimiento —dijo al cabo de un instante de observación—. ¿Estás segura de que esos líquenes gigantes pueden moverse?

Candy se agitó, exasperada.

—¿Cómo he de convencerte, Vlad? —clamó—. Las plantas abandonaron sus recipientes después de agotar sus raciones de fertilizante en pocas horas. El primer día, apenas se deslizaron unos centímetros sobre la mesa. Después una de ellas comenzó a descender. Whitney y yo, maravillados ante el fenómeno, decidimos no ofrecerles alimento en adelante, para observar su conducta. Cuando volvimos, los líquenes se habían trasladado a la estantería. Habían roto la bombona que contenía cuatro litros de fertilizante concentrado y su desarrollo era imparable. Luego ocurrió el primer incidente inquietante: un apéndice arrancó un pedazo de chicle de entre mis dedos y otro punzó el brazo de Whitney. Se produjo una mutación en la actitud de nuestro amigo: yo diría que parecía hechizado, hipnotizado. O drogado. Su pequeña herida...

Explicó con detalle a Kubinin aquellos prodigios. Su compañero la oía asombrado, sin separar sus ojos de la masa verdosa formada por los cuatro líquenes, íntimamente entrelazados entre sí.

—Apenas puedo creerlo —murmuró él—. ¿Cómo se encuentra Ben?

—Lo llevamos a su camarote. Parecía alelado. O sonámbulo. Se dejó llevar, pero demostraba una estupefacción sin límites. Mira, Vlad: este pavimento aparecía cubierto de gruesos goterones de la sangre de Whitney. Ahora no quedan rastros de aquellas gotas. ¡Ese engendro las ha absorbido!

Siguiendo la indicación de la mujer, Kubinin contemplo el pavimento, inmaculado.

—¡Qué extraño! —murmuró, desconcertado.

Inconscientemente, se movió al dirigir la mirada al suelo. De repente, los tentáculos se movieron con la lentitud de la serpiente que abandona su sopor invernal. Una extremidad escamosa de dos

centímetros de grosor se disparo a través del aire y se enroscó en un tobillo del comandante Kubinin.

Vald exhaló un chillido penetrante al sentir su carne traspasada por un agudo aguijón, pero el grito se estrangulo en su garganta a los escasos segundos de iniciarse. Su rictus de dolor desapareció y fue reemplazado por una mueca placentera. Dio un paso, después otro y se aproximo a la estantería. Su mano derecha se alzó despacio y acaricio la arborescente masa verde.

Candy lanzó un alarido y retrocedió de un salto. Sus ojos enloquecidos erraron por el laboratorio, buscando a la desesperada algo con que defender a Kubinin.

Finalmente, su mirada se posó en la anaquelería que sustentaba numerosos tubos de ensayo. Tomó uno que contenía un potente ácido corrosivo, atravesó la distancia que le separaba de Vlad y asperjó los líquenes con el verdoso líquido concentrado.

Al momento, se oyó una vibración silbante, las ramas del arbusto se agitaron, temblorosas, los palpos que aferraban a Kubinin se retiraron y el comandante cayó al suelo.

Con toda la urgencia posible, Farbenger tomó a su compañero por los brazos y le arrastró sobre el pavimento a distancia de seguridad.

Un rastro de sangre trazó una ancha línea desde la estantería hasta la puerta del laboratorio. Vlad sangraba abundantemente por un desgarrón del tobillo.

La hemorragia era tan copiosa, que la sangre llegó a formar un charquito cuando Farbenger se detuvo para componer en su excitador electrónico la clave matemática que accionaba la puerta. Mientras el panel metálico se descorría automáticamente, Candy arrancó una tira de su blusa y ligó con fuerza un torniquete en la pantorrilla de Kubinin, que la contemplaba con expresión de pasmo.

Allá al fondo, sonaba aquel sonido vibrante que más parecía el lamento de una criatura humana. El fuerte ácido arrojado por Candy había abierto huecos en la tupida arborescencia de los líquenes. Las ramas se agitaban trémulas y los palpos culebreaban en el vacío, atacados de una furia destructora. Hasta los oídos de Farbenger llegó el rumor —como violentos picotazos— que producían los tentáculos al chocar contra las baldas metálicas de la

estantería.

—El ácido te ha hecho daño, engendro del diablo —rezongó Candy, satisfecha—. ¡Ojalá consiga fulminarte...!

Pero no perdió el tiempo. Volvió a agarrar a Vlad por ambos brazos y, jadeando y resollando, le sacó al pasillo Al instante, pulsó las teclas del excitador y el laboratorio quedó herméticamente clausurado.

En aquel momento, Candy Farbenger sentía la necesidad de expresar su terror a gritos. Un mínimo de sensatez mantuvo sus labios cerrados, sin embargo. No quería inquietar a sus camaradas. Era preciso obrar con cautela.

Llevó a Kubinin a la enfermería, le recostó sobre una cama y utilizo su comunicador personal para hacer venir a Illovna, que contempló, desconcertada, el tobillo ensangrentado

—No hay tiempo para explicaciones ahora —dijo Candy recuperando un tanto su aplomo habitual—. Ve a la cabina del doctor Whitney y comprueba si está en condiciones de echarnos una mano.

Illovna tardó dos minutos en volver. Le acompañaba Ben Whitney, que no parecía alterado en absoluto

—Lo siento —dijo el médico, para mayor confusión de Farbenger—. Me quedé dormido sin darme cuenta. ¿Qué le ha ocurrido a Vlad?

Candy le miró con los ojos desorbitados.

—¿Cómo? ¿No recuerdas nada de lo ocurrido en el laboratorio?

—¿Qué ocurrió en el laboratorio? —inquirió Whitney con toda naturalidad.

Candy se mordió los labios.

—¡Nada! —respondió furiosa y descontrolada—. Vlad se ha herido en el tobillo. ¿Quieres atenderle?

Serenamente, el médico examinó la herida y dispuso todo lo necesario para una cura de urgencia. Aflojó un poco el torniquete y

dictaminó:

—Parece que ha perdido una porción considerable de sangre. Necesitará plasma sanguíneo. O quizá, mejor, una transfusión directa. Lo más práctico es hacer venir a João Quinteiro. El y Vlad tienen el mismo grupo sanguíneo: el O positivo. Estoy seguro de que João no tendrá inconveniente en prestar su sangre a nuestro comandante. Los dos son excelentes amigos.

—Muy bien. Ve a buscar a Quinteiro —indicó Candy a Katia Illovna.

Mientras desinfectaba la herida y daba los puntos de sutura, Whitney alzó el rostro y escrutó a Farbenger.

—¿Cómo se produjo Vlad esta herida? — indagó.

Ella le miró con incredulidad manifiesta.

—¿De veras no recuerdas nada, Ben? Los tentáculos terminados en aguijón de los líquenes gigantes, tu brazo herido, tu actitud estupefacta y pasiva, tu...

—¿De qué me hablas? —mostró Ben su desconcierto—. Naturalmente, sé que tenemos unos especímenes en observación. Líquenes que crecen asombrosamente, pero... todo lo demás es producto de tu imaginación.

A punto de gritar de furia e impotencia, Candy se contuvo.

—De acuerdo. Más tarde hablaremos de ello. Ahora, lo más urgente es atender a Vlad. Después...

Llegaron Katie y João Quinteiro. El hombre más animoso y cordial de la tripulación sonreía, como siempre.

—¿Un accidente imprevisto? —exclamó—. ¡El viejo Vlad! Habrá que recomendarle que ande con más cuidado...

Whitney le indicó una cama junto a aquella en la que yacía Kubinin, el cual permanecía postrado con los ojos abiertos e inexpresivos y absolutamente inmóviles.

Un momento después, la sangre de Jóáo Quinteiro fluía a través del conducto transparente e iba a engrosar el torrente circulatorio de Vladimir Kubinin.

Así fue como el organismo de Quinteiro resultó contaminado por el desconocido mal.

CAPITULO VI

Fue durante aquellas jornadas de inquietud, cuando la astronave Valiant-II fue absorbida por la vorágine magnética de la tenebrosa Sombra Profunda.

Abandonada a los automatismos de navegación, la nave exploraba el espacio en una zona peligrosamente próxima al área de la Sombra. En circunstancias normales, atenta la tripulación al peligro cercano, la poderosa astronave hubiera conseguido escapar a la atracción de la zona de tinieblas absolutas. Pero a bordo existía una amenaza tan temible como la propia Sombra y Katia Illovna fue la encargada de propagar la inquietud entre sus camaradas.

Fue poco después de que Candy pidiera la ayuda de Katia para atender al herido comandante Kubinin. Katia estaba al tanto de que el doctor Whitney había sufrido poco antes una extraña indisposición. Después interrogó a Candy sobre la herida de Vlad y Farbenger no le dio ninguna explicación.

Mientras Ben Whitney y Candy se ocupaban de Kubinin, Katia mantuvo una entrevista con Zoltan Karras, segundo de a bordo, al que participó sus temores.

—Tienen algo en el laboratorio. No sé de qué se trata, pero debe ser algo peligroso. Whitney tiene una herida en el brazo derecho, Vlad también ha sido herido en un tobillo. Por su parte, el médico parece sufrir una profunda amnesia y Vlad se halla en una situación de pasmo. ¿Qué es lo que ocultan el médico y la Farbenger? —planteó Illovna a Karras.

Entretanto, João Quinteiro había donado quinientos centímetros cúbicos de su sangre a Vlad Kubinin. Tras la transfusión y la sutura de la herida por las expertas manos del doctor Whitney, Quinteiro se marchó y Candy contempló asustada, las facciones de Vlad. El hombre al que amaba apasionadamente miraba sin ver a través de su mirada fija, inexpresiva y extática. Candy intentó bajarle los parpados pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Los párpados tenían la consistencia del acero y se negaban a plegarse.

—Parece que sufre una especie de ataque epiléptico —opinó Whitney—. Le inyectaré un sedante.

A los pocos minutos, los ojos de Vlad se cerraron y sus músculos —que sufrían una rigidez insoportable— se aflojaron.

Cuando Whitney se marchó, prometiendo volver poco después. Kubinin respiraba con regularidad y su pulso se había normalizado.

Todavía velaba Candy a Vlad, cuando Zoltan Karras llegó a la enfermería.

—¿Qué está sucediendo aquí, Farbenger? —preguntó el segundo de a bordo—. Illovna sospecha que Whitney y tú guardáis algún secreto. ¿Qué le ha ocurrido al comandante?

Se lo contó. Detalladamente.

—Al parecer, esas insólitas criaturas mitad vegetales, mitad animales, ejercen una especie de embrujo, que yo no puedo explicarme. Whitney parecía traspasado de placer cuando un aguijón se clavó en su brazo y absorbió su sangre; a Vlad le ocurrió algo semejante. Escucha, Zoltan: desde el momento en que esos pseudo-líquenes comenzaron a desarrollarse de forma espectacular, yo sentí miedo. Por el contrario, Ben y Vlad se mostraron ávidos, atraídos, como subyugados. Hasta tal extremo que no se detuvieron ante el evidente peligro.

—Así que Illovna tenía razón, a fin de cuentas —replicó Zoltan Karras, pensativo—. Trajimos del asteroide NS unos zoófitos, híbridos de animal y planta...

—Zoófitos, si quieres, aunque a mí me parecen engendros de Satanás —replicó Candy, con desgana—. Zoltan, en mi opinión debemos destruir a esos monstruos, verdaderas aberraciones de la Naturaleza.

La curiosidad de Karras crecía a cada momento.

—¡Podemos echar una ojeada? No me gustaría morirme sin darme la satisfacción de ver con mis ojos un Animal-Planta.

—No confío en tus reacciones. Ya sabes lo que les ocurrió a nuestros camaradas. Al parecer, ambos están fuera de peligro, aunque Whitney sufre amnesia, pero me preocupa lo que podría ocurrir si...

—Tranquilízate, Farbenger. Yo soy un hombre reacio a embrujos y otros fenómenos psicológicos. ¿Acaso temes que me deje seducir por esos zoófitos?

Candy le detuvo por un brazo.

—Reflexiona, Zoltan. No se trata de unos especímenes más o menos raros, sino de algo que escapa a nuestra imaginación Al principio, sólo eran líquenes con la increíble facultad de trasladarse por sí mismos. Vertiginosamente han ido evolucionando. Descendieron de la mesa del laboratorio, ascendieron a la estantería donde se hallaba el fertilizante enriquecido y rompieron fácilmente la vasija que contenía el líquido. Han crecido constantemente, de forma insospechada. Ahora están unidos íntimamente entre sí formando, un solo conjunto Y esa criatura es... inteligente. Reacciona negativamente ante mí, pero cautiva a los varones Yo tuve que atacarla con ácido para evitar que matara a Vlad. Y la oí chillar de dolor. Porque era una especie de chillido vibrante, como un lamento...

Si Zoltan Karras hubiera reído en aquel momento, probablemente Candy Farbenger se hubiera negado a acompañarle. Por otra parte, sólo ella poseía la clave para penetrar en el laboratorio. Al parecer, Whitney había olvidado aquellos datos por completo.

Pero Karras no rió. Ni siquiera apareció en su rostro una sonrisa burlona. El gesto que se reflejaba en sus facciones era de suma curiosidad, casi de ansiedad.

—Si no te fías de mí, coge una pistola de rayos paralizantes. Sólo tienes que disparar contra mí si adviertes que me expongo demasiado. Sólo quiero echar una ojeada. Puesto que Vlad está de baja, el comandante en funciones soy yo. Quiero juzgar por mí mismo. Si esos zoófitos constituyen un peligro grave para nosotros, los destruiremos —declaró.

—Cogeré la pistola —asintió Candy—. He visto cuanto tenía que ver. Hay que matar a esa cosa.

Vlad descansaba apaciblemente. Salieron de la enfermería. Candy empuñaba una pistola capaz de actuar sobre el sistema nervioso de cualquier ser viviente, provocándole una paralización absoluta, aunque transitoria.

No había nadie en los pasillos. La jornada de actividades

normales había terminado. La mayoría de los tripulantes se habrían reunido en el salón oval, donde se celebraban las asambleas y tertulias.

Ante la puerta metálica del laboratorio, Farberger tecleó unos datos en su excitador electrónico. El panel acorazado se descorrió.

Echaron una ojeada desde el pasillo. Zoltan se volvió, deslumbrado.

—Es bellísimo —dijo.

—Despacio, amigo —le recomendó la mujer—. Empiezas a sentir la misma fascinación que arrastró a Ben y a Vlad. Es preciso que te domines.

También ella podía ver la masa esmeraldina y fosforescente que brillaba al fondo del laboratorio. Advirtió que los estragos producidos por el ácido corrosivo en la masa verde habían desaparecido. Las frondas habían aumentado de volumen considerablemente. El suelo estaba cubierto materialmente de fragmentos de vidrio.

—Se ha movido —susurró Candy—. Ha curioseado por las estanterías y los muebles que guardan muestras de proteínas raras y de concentrados vitamínicos en experimentación. ¡Fíjate, Zoltan! Tu zoófito ha reventado un armario de acero como si fuera una caja de cartón.

—¿Por qué, para qué?

—Es el monstruo más voraz que he conocido —respondió la mujer—. Necesitar devorar constantemente cantidades increíbles de alimentos concentrados: minerales solubles, sustancias orgánicas, proteínas, vitaminas… Tiene que alimentarse pues no para de crecer. Y su forma ha evolucionado. Ahora los delgados y transparentes tallos integran un tronco común, opaco. Tú mismo puedes verlo, Zoltan. El tronco ha engrosado considerablemente y las ramas y palpos se extienden por toda la estantería. ¿No oyes ese sonido silbante? Es un síntoma de rencor, dirigido hacia mí.

—¡Es una criatura divina! —exclamó Karras como si estuviera contemplando a la mujer más hermosa del Universo. Candy retrocedió de un salto y le encañono con su pistola.

—¡Cuidado, Zoltan! Ese monstruo está ejerciendo una

influencia nefasta sobre ti —advirtió, temblorosa—. Si te acercas, si pones al alcance de sus palpos, los aguijones penetrarán en tu cuerpo y se alimentarán de tu sangre.

—Pero no puedo creer que...

Candy entornó los ojos. La fosforescencia verdosa que surgía del zoófito era más potente que las luces de las lámparas del laboratorio. La luminosidad compacta e irreal lo llenaba todo, llegaba hasta el último rincón de la estancia, como si pudiera traspasar los cuerpos sólidos.

Precisamente a la luz verdosa hizo Candy aquel descubrimiento. Unas pequeñas manchas verdes en el pavimento.

—¡Se está reproduciendo! —gimió, angustiada—. Esas pequeñas bolas rojas como bayas maduras que caen de sus ramas... ¡Están proliferando sobre el pavimento!

—Sencillamente maravilloso —exclamó Karras, que no demostraba temor sino embeleso.

Temerariamente, traspasó la puerta y avanzó unos pasos.

De la pistola de Farbenger surgió un finísimo dardo que se clavó en su espalda. El líquido alojado en la minúscula cápsula era tan activo que Karras apenas llegó a dar el tercer paso antes de derrumbarse.

Antes de que cayera, Candy le sujetó por la cintura y le arrancó con gran dificultad de allí.

Antes de cerrar la puerta con la clave de su mando electrónico, todavía pudo escuchar Candy Farbenger el chillido estrangulado que llegaba del fondo del laboratorio.

Jadeó, al borde de su resistencia física.

—He de aniquilar a ese monstruo —se prometió a sí misma, entre estertores—. Pero antes debo informar a mis compañeros.

Envió un aviso a través de su radio-comunicador y espero que llegaran en su ayuda.

En cuanto Zoltan Karras volvió en sí, Farbenger declaró:

—No permitiré que nadie penetre en el laboratorio hasta que

esa cosa haya dejado de existir. Sólo yo conozco la clave y nadie me obligará a desvelarla. Puesto que tú eres el jefe en funciones, a ti te corresponde convocar una asamblea. Diremos a nuestros compañeros la verdad. Tienen derecho a conocer al enemigo que viaja con nosotros a bordo de esta nave.

Karras asintió, sombrío. Se trasladaban al salón oval cuando apareció Vlad Kubinin. Su aspecto era el de siempre. Y dijo:

—¿De qué se trata?

A Candy Farbenger se le cayó el alma a los pies.

CAPITULO VII

—Un fenómeno indescifrable —opinó el doctor Whitney durante la asamblea, a la que concurrían todos—. Confieso que yo no recuerdo nada. Y otro tanto le ocurre al comandante Kubinin. Sin embargo, nuestras facultades mentales, a excepción de la memoria de esos momentos, están intactas. ¿Una prueba de ello? Creo que Farbenger tiene razón. Los que parecían inofensivos líquenes recogidos en Nueva Siberia son algo mucho más complicado y amenazador. Creo, como Candy, que debemos destruir al monstruo. ¿Cuál es tu opinión, Vlad?

—Estoy de acuerdo. Y la solución es simple. Puesto que Candy asegura que la criatura ha consumido todas las sustancias nutrientes que se almacenaban en el laboratorio, mantengamos aquel compartimento clausurado, desde ahora. Como todas las dependencias de la astronave, el laboratorio es una estancia acorazada. El engendro no puede escapar de allí y morirá de inanición, de hambre, si queréis —expuso Kubinin, juiciosamente.

Todos estuvieron de acuerdo. Como Whitney no recordaba la combinación numérica —una fórmula matemática— que abría la puerta del laboratorio, toda la responsabilidad descansaba sobre Candy Ferbenger, la única persona que conservaba el secreto.

—No abriría por nada del mundo —afirmó Candy—. No, al menos, hasta que haya transcurrido un plazo prudencial, que nos asegure la extinción natural de esa diabólica criatura.

—Así queda acordado —declaró Kubinin

Hubo dos jornadas apacibles, sin el menor incidente. La astronave bordeaba a distancia de seguridad la enigmática zona de la Sombra Profunda y los sistemas de análisis realizaban sus trabajos de rutina sin novedad destacable.

Luego durante aquella velada, tuvo lugar la súbita mutación en la conducta del doctor Whitney. Se hallaban en el salón oval paladeando combinados a base de pequeñas cantidades de alcohol y zumos de frutas exóticas, cuando el médico estrelló su vaso contra la mesa y se incorporó de un salto.

—¡*Shastri inf kasalmi sphandare*...!—gritó en la extraña jerga. Y sus palabras destilaban odio, rechinaban sus dientes y su rostro se habían deformado en una mueca satánica. Un momento después, se abalanzaba sobre Bea Losada —a la que había demostrado siempre un amor sin límites— e intentaba frenéticamente estrangularla...

Fue preciso atar con correas al médico, en una de las camas de la enfermería. Se debatía como un poseído, seguía farfullando amenazas en una lengua incomprensible y arrojaba espumarajos por la boca.

Un escalofrío estremeció a Candy Farbenger. El rostro de Whitney se había cubierto de un leve tono verdoso.

Naturalmente, el incidente llevó la inquietud a los tripulantes. La astronave viajaba por una zona peligrosa, lindante con el área de la Sombra Profunda.

En aquellos momentos de desconcierto, nadie pudo atender al gobierno de la nave, que se acercaba a la azarosa frontera de las tinieblas. Súbitamente, la Valiant-II se estremeció y fue engullida por las fuerzas desconocidas de la Sombra.

Una serie de incidentes agravaron aún más la situación. En cuanto la nave penetró en las tenebrosidades densas, la mayoría de los sistemas de control y seguridad dejaron de funcionar o acusaron graves perturbaciones. Las comunicaciones con Kappa-VI se interrumpieron automáticamente y los ingenios de a bordo se negaron a rendir información fiable. La nave viajaba al azar, sacudida por potentes fuerzas que escapaban a todo control.

—No somos responsables de esta catástrofe —declaró el comandante, con serenidad—. Los hechos ocurridos a bordo de la nave fueron la causa de este contratiempo. No voy a negar que nos encontramos en situación comprometida, pero intentaremos salir del embrollo. Tened fe.

Kubinin, indudablemente, tenía fe. O al menos eso era lo que demostraba su férreo carácter.

Sin embargo, los tripulantes se sentían atemorizados. Whitney se había vuelto loco, a Zoltan Karras lo habían hospitalizado también, después de que el médico le arrancara dos dedos de una dentellada y João Quinteiro —siempre tan cordial y amistoso— se había convertido en un individuo huraño y resabiado.

Por lo demás, todos sabían que tenían que afrontar dos amenazas terribles. Habían sido engullidos por la Sombra Profunda —un enigma aún no resuelto— y una criatura inquietante permanecía encerrada en el laboratorio.

Por su parte, Vlad Kubinin se sentía íntimamente angustiado. A menudo sufría lagunas mentales, espacios de tiempo con sus vivencias correspondientes, que parecían barridos de su memoria. A veces se sorprendía a sí mismo caminando sin rumbo por los pasillos de la Valiant-II. Desaparecía misteriosamente de la cabina de rastreo y permanecía durante horas oculto en algún remoto recoveco de la astronave, sin que nadie pudiera encontrarle. Bruscamente recobraba la memoria, a veces en lugares tan inverosímiles como los frigoríficos que almacenaban alimentos congelados.

Luego, de improviso, estalló de nuevo la violencia incontrolada. En un momento determinado, Rita Mbomgah acudió a la enfermería a visitar a Zoltan Karras, por quien se sentía atraída irremisiblemente.

Al instante, sus alaridos de terror resonaban a través de los pasillos. Ni siquiera utilizó el comunicador personal, mil veces más efectivo que sus desaforados gritos de terror.

Los primeros en oír sus llamadas histéricas fueron Louis Jiménez y Candy Farbenger. Ambos encontraron a Rita galopando locamente por un pasillo, con los cabellos erizado de espanto.

Rita era una negra pura. Sus cabellos componían habitualmente una masa rizosa y apretada que ella gustaba peinar en delgadas y pequeñas trenzas. Pero el pánico había deshecho sus trenzas, y estirado sus pelos como pequeños y tensos cables de acero. Por lo demás, su rostro de ébano tenía un lamentable color gris. Y temblaba de pies a cabeza.

Al verla así, Candy y Louis se sintieron compadecidos Rita Mbomgah era la persona más joven a bordo de la astronave.

—¡Cálmate! —la zarandeó Farbenger—. E intenta explicar qué te ocurre.

Los ojos de la joven giraron locamente en sus órbitas. Jadeó y dijo:

—Zoltan se está comiendo sus dedos.

A Louis Jiménez le salió una risita nerviosa.

—¿Que se está comiendo sus propios dedos? ¿Es que se han terminado las provisiones? Zoltan siempre se ha comportado como un tragón, pero...

Candy le hizo callar de un pellizco en un brazo.

—Hazte cargo de ella —dijo en un susurro—. Yo veré qué hay de verdad en eso.

Jiménez tomó a la delicada Rita en sus brazos y se alejó mientras Candy enviaba aviso a Vlad a través del comunicador personal.

Corrió con todas sus fuerzas a la enfermería. Pasó ante la habitación de Whitney, que permanecía inmóvil en el lecho ahíto de sedantes, y avanzó hacia la estancia en la que Zoltan Karras convalecía, después de que el médico le cercenara dos dedos de la mano de un mordisco.

Y allí estaba el corpulento Karras, uno de los más eminentes astrónomos e ingenieros espaciales de la metrópoli Kappa-VI. Recostado sobre la almohada semidesnudo, Zoltan mordía con saña el dedo pulgar de su mano izquierda. Casi lo había devorado, las mandíbulas apretadas y las fauces manchadas de su propia sangre.

A punto de soltar un alarido de pavor, Candy se pellizcó una mano, recurso que había puesto en práctica consigo misma en determinados momentos de histeria.

—¡Zoltan! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

El hombre alzó la mirada sin dejar de mordisquear su dedo. La sangre caía a gruesos goterones sobre la ropa de la cama, pero él seguía royendo su propia carne, insensible al dolor.

Fue una mirada profunda, penetrante y deshumanizada. Una mirada muy larga, que tuvo la virtud de paralizar a Farbenger, que permanecía, despavorida, en la puerta de la estancia,

Zoltan retiró el destrozado pulgar sangrante de sus dientes y se incorporó.

—Phura inf wama hansi averhanxari, phura inf wama hansi averhanxari! —barbotó con una voz deformada, irreconocible y

gutural.

Candy retrocedió de un salto cuando Karras se movió hacia la puerta.

— ¡Detente, Zoltan! —pudo gritar aún.

—*Phura inf wama hansi averhanxari* —repitió el hombre, ahora monótonamente.

Candy podía reconocer el sonido de aquellas palabras, aunque fuera incapaz de comprenderlas. Era el mismo lenguaje, sincopado y gutural, en el que se había expresado Ben Whitney antes de atacar a Bea Losada.

Corrió sin ningún rubor hacia la salida de la enfermería. Súbitamente chocó con alguien y cayó al suelo. El golpe fue brutal y sufrió un mareo fugaz.

Cuando volvió en sí, Vlad y Anton Duward acogotaban al perturbado Karras, en un forcejeo salvaje en el que el autófago desgarró con sus uñas los rostros de sus dos compañeros antes de que éstos lograsen reducirle, arrojarle al lecho y sujetarle con fuertes correas.

Por fortuna, en seguida acudieron Betty van Doren y Catherine Roos. Van Doren poseía grandes conocimientos prácticos de cura de heridas y consiguió detener la tremenda hemorragia que sufría Karras. Su mano derecha, ya lacerada por los dientes de Whitney, apenas mostraba cinco muñones sanguinolentos.

A Duward hubieron de darle cuatro puntos de sutura en el cuello y restañarle los numerosos y profundos arañazos que le habla inflingido Karras. También Vlad había recibido rasguños y arañazos, aunque de menor consideración.

—Algo horrible está ocurriendo —dijo Candy a Kubinin, cuando se restableció momentáneamente la calma—. Zoltan está contaminado, es evidente. Creo que Whitney le transfirió el mal con su dentellada. Y ahora que lo pienso...

—Di.

—João Quinteiro también debe estar afectado. Se muestra fosco, irritable, intratable. Y me temo que tú le transmitiste el veneno en la transfusión, Vlad.

Kubinin palideció.

La noción que Candy trataba de transmitirle tardó, no obstante, en ser asumida en toda su gravedad por su cerebro.

—Si es así, todos estamos en peligro. Al menos, Whitney, Quinteiro, Karras y yo directamente. Y vosotros también, puesto que nuestras reacciones se demuestran impredecibles. Propongo una cautela mínima.

—¿Cuál?

—Que nos atéis y encerréis hasta que sepamos a qué atenernos. Los que aún no están contaminados deben afrontar esta difícil situación.

—No puedo ser tu carcelera —gimió la mujer—. Y a fin de cuentas...

—Di.

—Puede haber otros afectados. Cuando Whitney enloqueció, arañó y mordió a varias personas. Entre ellas a Davies, Schilla y Varensen. Si el mal se contagia por simple contacto sanguíneo...

Vlad se aproximó y tomó a Farbenger por los hombros. Sintió la llamada del deseo, pues sus dedos captaban el calor de la piel de Candy, y ella era una mujer muy atractiva. ¿Cómo imaginar, entonces, que estuviera enfermo, atacado por un la que borraba los recuerdos de la mente y sumía en la locura a los contaminados? Parecía irreal, pero...

—Candy, tienes una difícil tarea que asumir. Sea como fuere, el mal penetró en esta nave cuando descendimos sobre Nueva Siberia. Y es algo real, mil veces amenazador. Enciérrame a mi primero. O, si lo prefieres, hazlo en cuanto adviertas la más ligera señal de anormalidad en mi conducta. Entretanto, aislaremos a Whitney, a Karras, a Quinteiro, Duward. Varensen, Davies y Schilla. Pero no te confíes. También Kafarian y Jiménez pueden estar afectados. Cumplamos ahora con nuestro deber.

—Pero... —desfalleció Candy—. ¡Es demasiado para mí, Vlad!

—Hazlo por amor, mujer. Por amor a mí y a los demás. Por fortuna, parece ser que la enfermedad no nos afecta a vosotras, tas hembras. Es una suerte, querida mía —la tranquilizó él, con una

sonrisa.

Y así, discretamente, fueron atrayendo a los que suponían contaminados y fueron recluyéndolos en celdas de seguridad situadas en la enfermería.

Vlad fue el último en ser atado con correas a uno de los lechos. Junto a él, además de Candy, estaban Ken Kafarian y Louis Jiménez, que no habían dado muestras de padecer el mal.

—Prometedme que ayudaréis a las mujeres hasta que se resuelva este problema —les instó el comandante. Y ellos juraron que se harían atar en cuanto sintieron en lo íntimo los primeros síntomas de la misteriosa enfermedad.

En cuanto a Duward, Varensen, Davies y Schilla, a las pocas horas comenzaron a dar muestras de que su equilibrio mental estaba alterado sensiblemente.

CAPITULO VIII

Resonó un alarido y Candy despertó sobresaltada.

Un sentimiento de culpa la asaltó al comprender que se había dormido durante su guardia nocturna. Agitó la cabeza y se alzó del sillón sobre el que se había quedado dormida.

Su cronómetro marcaba las dos de la madrugada. Un suspiro brotó de entre sus labios, un pequeño desahogo de fatiga y desaliento.

Candy había relevado a Louis Jiménez a la una. Le correspondían tres horas de guardia en la enfermería, por tanto aún le quedaban dos de vigilancia.

Se sentía mortalmente cansada. Durante la última jornada, Candy apenas había dormido dos horas. Pero aún acumulaba más noches de vigilancia e insomnio de las fechas pasadas.

—Esa maldita cosa, el zoófito encerrado en el laboratorio. Me enferma pensar que ese monstruo sigue ahí —caviló.

Avanzó por el largo pasillo de enfermería. Estaba segura de que un grito la había despertado. No era extraño: ocho hombres

afectados por el mal, se debatían en sus camas, chillando y pugnando por romper las correas que les inmovilizaban.

Los que se mostraban más inquietos eran Karras, Quinteiro, Duward y el doctor Whitney. Betty van Doren y Candy habían examinado sus heridas y comprobado que un inquietante color verdoso se extendía por la piel de los afectados, alrededor de las zonas lastimadas.

También Knut Varensen, Giovani Schilla y Cam Davies comenzaban a ofrecer síntomas inquietantes. Schilla tenía un rasguño profundo en la muñeca izquierda que había sangrado profusamente, aunque él no le había dado ninguna importancia. A Varensen, el doctor Whitney le había mordido una oreja, que se había tornado de un color tumefacto al principio y verdosa después. En cuanto a Davies, el mal había penetrado a través de los numerosos rasguños que el médico le había infringido durante la reyerta del salón oval. Aunque sus heridas habían sido desinfectadas y curadas, estaban inflamadas y verdosas. La progresión del mal parecía inatajable.

Candy fue pasando revista a los enfermos, a través de las mirillas de las sólidas puertas de las celdas de seguridad. La mayoría de ellos dormían, bien sujetos por las correas, bajo el efecto de los sedantes.

El más virulento seguía siendo Zoltan Karras, que comenzó a morder sus propios labios cuando se vio sólidamente atado a su cama. Para evitar que continuara mutilándose, sus compañeros le colocaron una gruesa mordaza entre ambas mandíbulas y le inyectaron una dosis de sedante muy fuerte.

Al final del pasillo, estaba la celda en la que permanecía encerrado el comandante Kubinin. A la primera ojeada, Candy le consideró dormido, pero, cuando se retiraba, él se rebulló, incómodo, en el lecho, alzó la cabeza y miró hacia la puerta.

Vlad era el único de los contaminados que menos muestras de alteración había dado. Conmovida, Candy se dejó llevar por sus sentimientos y abrió la puerta, que dejó entreabierta.

—¿No duermes, querido? —preguntó ella, acongojada. El hombre le dirigió una sonrisa animosa.

—Acabo de despertarme, amor mío. Quizá porque presentí que tú estabas cerca —dijo—. ¿Cómo van las cosas?

Candy sonrió tristemente.

—No tan bien como sería de desear... Por lo demás, me quedé dormida. Un grito me despertó y decidí hacer una ronda.

—¿Un grito? ¿Quién...?

—No lo sé. Al parecer, todos los enfermos descansan bajo el efecto de los sedantes. ¡Es extraño! —Candy se alzó de hombros—. Tal vez lo soñé, o alguno de vosotros gritó entre sueños.

Ella se acercó y fue a sentarse al borde del lecho, pero Vlad se lo prohibió tajantemente.

— ¡No! Mantente a distancia de seguridad.

—Pero ¿por qué? Tu aspecto es absolutamente normal. Parece que el mal no te haya hecho demasiado efecto. Vlad, necesito tus caricias. Desesperadamente —gimió la mujer.

—Yo también necesito las tuyas —afirmó él—, pero por el momento no es aconsejable. Candy, a veces pierdo la memoria y la voluntad. ¿Cuáles podrían ser mis reacciones en tales momentos? Absolutamente impredecibles. No quiero exponerte a que sufras ningún daño.

A Candy volvieron a humedecérsele los ojos.

—Eres el hombre más generoso del mundo. ¿Qué será de mí si tú me faltas? —sollozó.

—Tú eres tan fuerte como yo, querida. Y aún tendrás que sacar fuerzas de flaqueza —respondió él, borrando de su rostro un gesto sombrío—. Tú sobrevivirás.

Candy se retorció las manos impotentes.

—No sé qué hacer para atajar el mal. Si al menos Whitney no hubiera resultado contaminado... Le consulté anoche, poco antes de que sufriera un nuevo acceso furioso y perdiera la noción de las cosas. Me dijo: «Lamento con toda mi alma no haber dispuesto del tiempo suficiente para realizar un análisis de mi propia sangre y de los otros afectados, para profundizar en la etiología del mal. Tal vez si consiguiésemos una vacuna... Pero el portador del mal es una criatura desconocida, y el estudio de los gérmenes nos llevaría demasiado tiempo...» No pudo decir mucho más, pues al momento

comenzó a vomitar denuestos en esa extraña lengua e intentó morder las correas. Por el momento, no veo otra solución que la terapia a base de sueros y antibióticos. Pero no se observa una reacción positiva en ninguno de vosotros. Por otra parte, yo apenas poseo unas nociones elementales de Medicina. ¡No sé cómo va a terminar esto, Vlad! ¡Estoy desesperada!

—¡Oh, no, por favor, mí querida Candy! Nada de lágrimas —la animó el comandante Kubinin—. Es preciso afrontar los hechos. Y yo confío en ti.

Callaron un momento. En el silencio volvió a oírse un gemido largo y ululante que quedó estrangulado bruscamente.

Candy se agitó de un respingo.

—¿Quién gritó de esa forma escalofriante? —murmuró.

—No lo sé. Pero ese lamento sonó demasiado lejano e impreciso. Creo que procede de algún lugar retirado de la enfermería.

—Iré a echar una ojeada. Y ahora, tú, duerme, amor mío. Vendré a verte a menudo. Descansa, Vlad, yo velaré tu sueño —prometió Candy.

—Ve tranquila, intentaré dormir. Y no dudes en despertar a los demás si ocurre algo imprevisto.

Candy retrocedió y cerró la puerta desde fuera. En las celdas de los afectados todo estaba en silencio. Una rápida inspección a través de las mirillas, convenció a Farbenger de que todo estaba en orden allí.

¿De dónde, pues, provenían aquellos tremebundos gemidos?

Los camarotes de la tripulación quedaban demasiado alejados para que un grito llegase hasta la enfermería.

Intrigada, Candy abandonó la enfermería y salió a uno de los anchos pasillos de comunicación.

El lamento ululante se oyó entonces más próximo, aunque Fargenber no fue capaz de situar su origen. Avanzó a lo largo del corredor hasta su final, donde se encontraba el laboratorio, clausurado desde varias fechas atrás.

Sucedió otra pausa. El silencio era absoluto. A Candy comenzaron a zumbarle los oídos.

Y, de nuevo, el alarido. Mitad bramido de fiera furiosa, mitad lamento. Muy cercano ahora.

En un segundo, Candy tuvo la premonición.

—Los gritos vienen del interior del laboratorio —estableció.

Tal descubrimiento llevó la más profunda inquietud al ánimo de Farbenger. El zoófito, la extraña criatura inteligente, el híbrido-monstruo era capaz de emitir lamentos.

Era una experiencia espeluznante escuchar el sonido que provenía del otro lado de la puerta de acero del laboratorio. Comenzaba con un grito ronco, iracundo, e iba tornándose después en una especie de sollozo, en un lamento propio de un alma en pena.

Sentía que el pavor paralizaba su sistema nervioso y al mismo tiempo experimentaba una vivísima curiosidad.

¿Por qué no teclear la clave y echar una mirada, aunque brevísima, al monstruo en evolución constante, capaz de herir, de matar y también de sollozar como la más vulnerable criatura inteligente...?

La tentación fue tan fuerte que Candy avanzó hacia la puerta maquinalmente, sin que su voluntad interviniese en ello.

Desde allí podían percibirse diversos rumores: sonaba un raspar de garras afiladas y una especie de jadeo, mezclado todo ello con el tintinear de fragmentos de cristal.

La cosa estaba viva, evidentemente, aunque llevaba muchos días encerrada y sin poder ingerir, chupar o asimilar alimentos.

¿Hasta cuándo?, se preguntó Farbenger, cada vez más inquieta. ¿Hasta cuándo vivirá?

Indudablemente, el engendro había acumulado un exceso de energías durante los primeros días: unos quince litros de fertilizante para vegetales, varios kilos de concentrados vitamínicos, proteínicos, minerales fácilmente asimilables y muy poderosos. Y además, una considerable cantidad de sangre humana.

—Mejor sería aniquilarlo —murmuró Candy, frenética—. Bastaría rociarlo abundantemente con ácido corrosivo. O gasear el laboratorio. O acribillarle con disparos láseres.

Al conjuro de sus palabras, al otro lado se oyó un estrépito de muebles golpeados y un bramido profundo que heló la sangre en las venas de Farbenger.

¡El engendro era mucho más inteligente de lo que había imaginado! Era capaz de captar el sentido de sus palabras, la animosidad que Candy Farbenger experimentaba en lo más profundo de su corazón. Y el monstruo se revolvía salvajemente, furioso por escapar y, quizá, por atrapar a la mujer que permanecía tan firmemente adherida al panel de acero como una lapa al casco de una embarcación.

Al fin, logró arrancarse de allí con un esfuerzo de voluntad.

Había estado a punto de rendirse a la curiosidad, primero, y al odio después.

—Debo controlar mis sentimientos —se amonestó a sí misma —. Si algo me ocurriera, Vlad y los demás ya no tendrían esperanzas.

Volvió a la enfermería. Vlad se había dormido y sus facciones tenían un aspecto sosegado y tranquilo.

El cronómetro de Farbenger marcaba las dos cincuenta de la madrugada. Transcurriría poco más de una hora y despertaría a Carmen Garrido. Cuando Carmen se hubiera hecho cargo de la vigilancia, Candy podría retirarse a su camarote y tal vez le fuera permitido dormir por unas horas.

Transcurrió el tiempo con desesperante lentitud. Por fin, a las cuatro de la madrugada, Candy envió una señal de alerta a Carmen Garrido. Cuando estuvo segura de que ella estaba despierta, la informó:

—Es la hora, Carmen. Debes hacerte cargo de tu turno de vigilancia.

Por fortuna, cuando llegó Carmen habían cesado ya los alaridos que provenían del laboratorio. Las mujeres pasaron una rápida inspección a los contaminados y, comprobado que todo estaba en orden, Candy se despidió.

Extenuada por completo, se derrumbó sobre el lecho, vestida, y se durmió en seguida. Pero su descanso no duró mucho. Según su cronómetro, eran las tres veinte, cuando la despertó el zumbador. En seguida escuchó la voz crispada de Carmen Garrido:

—¡Candy, estoy a punto de volverme loca!

—¿Qué ocurre? —replicó Farbenger con voz pastosa.

—Se oyen unos gemidos espantosos que me ponen los pelos de punta —se quejó su interlocutora—. He mirado en las celdas, pero todos están tranquilos. Duermen. ¿De dónde vienes esos alaridos que hielan la sangre en las venas?

Candy vaciló. Carmen no era una mujer de firme temperamento. Si le confesaba la verdad, ella sufriría un ataque de nervios.

—Debió ser uno de nuestros camaradas enfermos. No temas. Están bajo el efecto de drogas relajantes y dormirán muchas horas. Tranquilízate, Carmen. No hagas caso de los alaridos. Si te molestan, tápate los oídos.

—Pero me siento sobre ascuas, Candy. No puedo…

—Hazte cargo, muchacha. Yo llevo varios días sin dormir. He consumido mi turno y tengo derecho a dormir. Ten serenidad: no puede ocurrirte nada malo. Y llama a Ken Kafarian si adviertes algo raro —pronunció Farbenger con voz serena y convincente.

Por fortuna, Carmen Garrido no volvió a importunarla más. A las diez de la mañana fue despertada por Ken Kafarian, oficial de servicio.

—Zoltan Karras ha muerto. Toda su epidermis está manchada de un color verde grisáceo. Y lo que es más preocupante: empieza a descomponerse rápidamente.

Candy recordó la recomendación que el doctor Whitney le había hecho en un momento de lucidez: «Si alguno de nosotros muere, debe ser hibernado mediante procedimientos criogénicos. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir mañana? Tal vez quede esperanza de volver a la vida para los que estamos afectados.»

CAPITULO IX

Con la urgencia que exigían las circunstancias, el cadáver de Karras fue depositado en un sarcófago de aluminio y trasladado a una de las cámaras de criogenización.

La inquietud y la tristeza se habían apoderado de las diez mujeres y de los dos hombres aún no contaminados.

Candy y sus compañeras se dejaban dominar por el desaliento, impotentes para atajar el mal. Se había hecho todo lo humanamente posible para salvar a los contaminados. A pesar de ello, el mal seguía prosperando. La piel de João Quinteiro se había tornado verde y brillante a partir de la pequeña punción practicada en su brazo para la transfusión de sangre a Vlad Kubinin. La herida en el cuello de Duward estaba inflamada y una pequeña mancha verde se extendía a su alrededor. Duward había sufrido varios ahogos y hubo que facilitarle oxígeno puro. Los demás tampoco estaban a salvo, aunque el mal había avanzado, sobre todo, en Ben Whitney y en el comandante Kubinin. El médico tenía su brazo verdoso hasta el hombro y Vlad apenas podía mover su pierna inflamada.

Esa tarde falleció João Quinteiro, después de sufrir un último y violentísimo paroxismo de violencia. Tras expirar, su cadáver fue sometido a conservación criogénica.

El sarcófago que contenía sus restos fue depositado sobre el de Zoltan Karras. Poco después, Candy intentó entrevistarse con el doctor Whitney. Pero el médico había perdido la razón y barbotaba obscenidades, unas veces un idioma ininteligible; otras en aquella jerga sincopada que nadie entendía.

Whitney fue el tercero en perecer. Después le siguieron Anton Duward y Knut Varensen, que padecieron horribles agonías antes de morir.

La desolación reinaba a bordo de la poderosa Valiant-II, orgullo de la avanzada civilización de Handoor. Ken Kafarían y Louis Jiménez cargaban con el peso de la responsabilidad, pero el desaliento les desbordaba a menudo.

Por su parte, Rita Mbomgah, Silvana Monti y Katia Illovna se habían encerrado en sus camarotes, decididas a dejarse morir. Ellas habían amado a los hombres que se habían marchado para siempre y ya no les interesaba vivir.

Candy se esforzaba en llevar a aquellas mujeres un poco de consuelo, aunque, a fin de cuentas, ella misma se dejaba a veces ganar por el hastío y la desesperanza.

De todos los afectados, el que conseguía mantenerse sereno y entero era Vlad Kubinin. Pero a ratos caía en profundas crisis que le mantenían aletargado o le llevaban a un furor sin límites. Durante aquellas crisis, sus ojos centelleaban de odio contemplando a Candy y su cuerpo se crispaba en ansias homicidas. Pronunciaba entonces terribles dicterios en la lengua maldita y llegaba a ponerse tan tenso que sus músculos parecían listones de madera prontos a romperse Viéndole así, Candy lloraba en silencio o se alejaba para no tener que afrontar el infame espectáculo.

Cuatro días más tarde, el estado de Vlad Kubinin parecía irreversible. Había perdido la conciencia y sus crisis eran cada vez más frecuentes. La piel se había tornado verdosa hasta el pecho y el mal se extendía hacia el vientre y el cuello.

—Vlad, amor mío —musitaba Candy, viéndole agitarse como un poseso.

Poco después, Kafarian apareció en el camarote de Farbenger. Tenía un desgarrón en la mejilla izquierda, sobre el que apretaba un apósito para contener la hemorragia. Sus viriles facciones habían perdido el color.

—¡Ken! —clamó ella, asustada—. ¿Qué ha ocurrido?

—Vamos a la enfermería. Me tenderé sobre una cama y tú me ajustarás las correas. No perdamos tiempo. Debo estar contaminado —respondió el hombre sombrío.

—¡Esa herida! ¿Quién te la he hecho?

—Me descuidé un momento, cuando inyectaba un sedante a Vlad. Se incorporó de improviso y me mordió. Eso es todo —le informó Kafarian con notable entereza.

Candy se vio forzada a reprimir el alarido de horror que subía, irrefrenable, a sus labios. Tomó a Ken por un brazo y le acompañó

a la enfermería, donde le recostó en un lecho y le sujetó con correas.

—Ten valor, Ken. Voy a curarte esa herida y a inyectarte antibióticos. Tal vez podamos atajar el mal si le atacamos a tiempo — le animó ella.

—Haz lo que sea cuanto antes. Empiezo a sentir algo extraño dentro de mi ser —le acució Kafarian.

Cuando le dejó encerrado en una de las celdas. Candy se preguntó obsesionada:

—¿Por qué ellos y no nosotras? Betty, Catherine, Katia y yo misma, hemos recibido pequeñas heridas y rasguños, que sanan fácilmente sin dejar huellas. En cambio, nuestros compañeros...

Pasó por delante del laboratorio. Sonaba algo dentro: como un rumor de metales estrujados, presionados, por una fuerza inconmensurable. Y, siempre, el tintineo de fragmentos de vidrio, seguido de un jadeo profundo y aterrador. El monstruo latía, seguía con vida.

—Tal vez sea capaz de alimentarse de metales —se estremeció Farbenger—. Y en ese caso, nadie estará seguro a bordo de esta nave.

No quiso seguir pensando en ello y fue a visitar a sus compañeras más abatidas y dolientes. Estaba consolando a Bea Losada, cuando recibió un aviso urgente de Louis Jiménez, de servicio en la enfermería.

—Ven inmediatamente. Vlad ha vuelto en sí.

¿Qué significaba aquello? ¿Una mejoría, una puerta abierta a la esperanza...?

El ánimo se le vino a los pies cuando vio a Vlad. Estaba despierto, sí, y sus ojos tenían un brillo de inteligencia, pero el mal se extendía ya hasta su mentón y el resto del rostro aparecía tenso, inflamado, hinchado, brillante.

—Acércate, quiero hablarte —pronunció él con dificultad, dada su extrema tensión facial.

Candy avanzó y se sentó al borde del lecho. Sus manos volaron

a acariciar al hombre amado, pero él la detuvo con un gesto perentorio. Louis acababa de abandonar silenciosamente la celda.

—Candy, te he hecho venir para decirte que te amo. Quiero que sepas que para mí has sido lo más hermoso de mi vida. Bendigo el momento en que te conocí y te bendigo a ti. Has de ser fuerte. Eso pasará y tú y algunas de tus compañeras sobreviviréis. Espero de todo corazón que encontréis ese mundo nuevo que todos deseábamos y que halléis allá la paz y la felicidad.

—Pero tú, Vlad...

—Sé que voy a morir, muy pronto, y deseo infundir en ti la esperanza de que el mal será vencido finalmente. Ahora... lo veo con claridad. Nuestro destino depende de nosotros mismos y tú posees todas las virtudes necesarias para triunfar. Cuando te agobie el desaliento y el miedo, piensa en mí, en nuestros momentos más felices y entrañables...

La voz de Kubinin se iba debilitando por momentos hasta tornarse casi ininteligible. Sus expresivos ojos azules se iban velando inexorablemente hasta perder por completo el brillo vital.

Al momento, sus párpados se abatieron y sus músculos se relajaron. Candy exhaló un gemido de angustia, se abrazó prietamente a él y sus labios rozaron el rostro inflamado y tenso del hombre.

Louis Jiménez penetró en ese momento en la celda.

—¡No puedes hacer eso, Candy, o te contaminarás! ¡Por favor, apártate de él! —gritó.

Candy le miró despacio, extáticos los ojos.

—¿No ves que está muerto? Ya no puede hacer daño a nadie—murmuró con voz lejana.

Nadie pudo arrancarla de allí. Durante largas horas, Candy permaneció abrazada al cadáver del comandante Kubinin. Mucho tiempo después, semiinconsciente ya, se dejó llevar entre los brazos de Catherine Roos y Betty van Doren.

Le inyectaron un fuerte sedante y Candy se quedó profundamente dormida. Su largo sueño duró dos jornadas. Cuando volvió en sí, Betty le ofreció una noticia terrible.

—Ahora, sólo quedamos nosotras a cargo de nuestros compañeros enfermos. Mientras dormías, nos vimos forzadas a aislar a Jiménez.

Al principio, todavía embotados sus sentidos, Candy no comprendió nada. Ni siquiera recordaba que Vlad había muerto y descansaba ya para siempre en la helada cripta del frigorífico. Pero los recuerdos volvieron como un torbellino y el efecto fue terrible en su ánimo.

«Piensa en mí, cuando te agobien el desaliento y el miedo...», recordó las últimas palabras de Vlad. Y al influjo del recuerdo, Candy alzó la barbilla, inspiró una bocanada de aire y se dispuso a afrontar nuevas catástrofes.

—¿Qué le pasó a Louis? —quiso saber.

—Cam Davies le engañó. Simuló a la perfección que estaba mejorando, le habló con efecto y serenidad y rogó a Louis que le trajese un vaso de agua, pues se sentía sediento. Louis accedió. ¿Qué mal había en dar de beber a un sediento? Trajo el vaso de agua, pero Cam no podía beberla y suplicó a Jiménez que le incorporara un poco. Cuando éste le sostenía por los hombros, sujetando el vaso contra los labios del enfermo, Davies le lanzó una tremenda tarascada que le arrancó la mitad de la nariz. El dolor fue tan intenso que Louis se desmayó sobre el lecho. Cuando llegamos, Cam lamía con avidez la sangre que brotaba de la herida de Jiménez...

Candy se tambaleó. Fue un vahído fugaz, del que se recuperó en seguida.

—Lo siento —se disculpó, Betty van Doren—, pero tenías que saberlo. Tú eres la única que ha sabido conservar la entereza, hasta ahora.

Fueron a la enfermería para examinar a Louis. Le habían inyectado coaguleno para sofocar la gran hemorragia y le habían vendado adecuadamente. Pero el odioso color verde se extendía ya hacia los párpados.

—Lo... lo lamento —farfulló Jiménez con voz débil. Fue un descuido imperdonable. Es justo que lo pague.

—¡Nada de esto es justo! —se rebeló Farbenger—. Tú cumplías con tu obligación, pero también eres amigo de Can Davies y le viste

sufrir. Quisiste ayudarle y…

La voz de Candy se quebró. Van Doren la sacó de allí inmediatamente y la acompañó a su camarote.

Pero no era lícito entregarse al olvido propiciado por el sueño artificial. Candy no permitió que le inyectaran sedantes. Por el contrario, repuesta a los pocos minutos, volvió a la enfermería e inyectó antibióticos en dosis masivas a Louis.

Por desgracia, no había muchas esperanzas. El mismo tratamiento, y en la fase precoz del mal, había sido administrado a Kafarian sin resultados esperanzadores. A pesar de la cual, Candy estaba decidida a luchar hasta el final.

La astronave, entretanto, atravesaba una zona de violentas turbulencias en su descontrolado periplo a través de la Sombra Profunda. A veces se producían extrañas perturbaciones a bordo. Durante una reunión en el salón oval, por ejemplo, sintieron un estremecimiento de la nave y al momento las mujeres comenzaron a flotar en el vacío, rodeadas de vasos, cocteleras, botellas y otros utensilios.

—¡La gravedad artificial está fallando! —avisó Farbenger—. ¡Haced todo lo posible por agarraros con fuerza a lo más sólido que tengáis a mano!

El incidente apenas duró unos segundos. Poco después caían pesadamente al suelo, en medio de un caos de cristales rotos y objetos que rodaban por el suelo.

Poco después hallaron muerto a Cam Davies. No mucho después, falleció Giovanni Schilla y finalmente Ken Kafarian y Louis Jiménez, cuyos cadáveres fueron a parar a la cámara del frigorífico.

—Ahora sí estamos verdaderamente solas y abandonadas a nuestras fuerzas —se lamentó Amanda Galves—. No creo contar con fuerzas para superarlo.

Tales palabras debieron poner sobre aviso a sus camaradas. Pero todas se sentían aturdidas y desalentadas, ocupadas en lamer sus propias heridas, y no prestaron demasiada atención a Amanda, cuyo cadáver fue hallado a la mañana siguiente, rodeado de una docena de ampollas de inyecciones.

Según calcularon, Amanda había robado de la enfermería específicos farmacéuticos tan dispares como morfina, estricnina, cardiazol, antibióticos, soluciones balsámicas... Todo lo cual mezcló y se inyectó premeditadamente en la corriente sanguínea. Debió morir en el acto, pues todavía apretaba entre sus dedos rígidos la jeringa con la que se había inyectado la mortal mezcla.

El hastío general sucedió a los desconsolados sollozos. Las nueve mujeres que aún restaban con vida a bordo de la astronave se inhibían de las tareas de mantenimiento de a bordo y se limitaban a consumir alimentos congelados, a beber con exceso y a buscar consuelo las unas en las otras.

Nadine Dubois permanecía jornadas enteras encerrada en su camarote. A las preguntas de Farbenger, respondió que prefería dormir durante largas horas, a solas consigo misma.

—Ya jamás encontraremos el mundo luminoso con el que soñé desde la granja Helmikon. Así, pues, ¿qué más da? —decía.

Para Candy, resultaba sospechosa la actitud de Nadine. Poco después descubrió que robaba del botiquín de la enfermería cantidades ingentes de somníferos y relajantes, que consumía a dosis masivas.

—Está buscando la muerte deliberadamente, pero no se lo permitiré —decidió Candy. Y colocó un cierre de seguridad en el botiquín, ajustó la clave y clausuró el recinto. A partir de allí, cualquiera que necesitase un específico debería pedírselo personalmente.

Entretanto, habían dejado de oírse los gritos y lamentos al otro lado de la puerta del laboratorio. Candy patrullaba cada noche por aquella zona, cuando ya sus compañeras se habían retirado a descansar. Aprestaba el oído, pero no capto el menor rumor. Silencio absoluto.

¿Habría perecido el engendro zoófito?

Decidió que transcurriera, todavía, un plazo prudencial antes de abrir aquella puerta, aunque a veces la curiosidad la atosigaba y la intranquilizaba. Necesitaba saber, pero no quería exponerse a un nuevo horror.

Hasta que una noche, cuando realizaba la acostumbrada ronda al final de la jornada, escuchó un rumor quedo y se acercó al

laboratorio. El color huyó de su rostro al descubrir un agujero irregular en la parte inferior de la puerta, formada por dos láminas de acero de diez milímetros de grosor.

Al momento, apareció un tentáculo a través de la oquedad. Un palpo velludo, terminado en un fuerte aguijón, que golpeó sonoramente el pavimento del pasillo.

Candy retrocedió de un salto, demudada y temblorosa.

Apenas podía creerlo. ¡El monstruo vivía aún, a pesar de que había permanecido más de veinte días sin ingerir alimentos! Al menos, sin ingerir alimentos convencionales.

El palpo velludo avanzó un metro en el pasillo y su aguijón golpeó sonoramente el piso: tac-tac-tac-tac-tac.

«Me ha olido, ha detectado mi presencia, busca su presa», pensó Candy, absorta.

Retrocedió unos pasos. Le costaba dar crédito a lo que veían sus ojos.

«Ha debido permanecer en estado de crisálida o algo semejante —caviló—. Tal idea explicaría de algún modo que el monstruo haya sobrevivido sin alimentarse. Suspendidas las funciones vitales al máximo, un ser vivo puede continuar su existencia latente por largo tiempo sin necesidad de alimentos, pues consume sus propias energía almacenadas.»

Aquel agujero abierto en el metal no estaba el día anterior, de ello estaba Fabenger íntimamente segura. Seguridad que llevaba a otra idea inquietante: el monstruo había abierto aquel pequeño boquete a través de dos láminas de acero en unas pocas horas.

—Debe poseer una fuerza tremenda —reflexionó. Y una idea perversa rondó su mente.

Retrocedió a toda prisa y penetró en uno de los talleres de a bordo. Descolgó de un panel unas fortísimas tijeras de cortar metal y volvió al pasillo. Caminaba decidida hacia el laboratorio, cuando escuchó una voz a su espalda.

—¡Candy!

Se volvió. Era Betty van Doren quien se asomaba a la puerta de

su camarote.

—Me has dado un susto terrible. Creí que eres sonámbula, que ibas… Pero en fin: ¿qué piensas hacer con esas enormes tijeras?

—Acompáñame, si quieres saberlo —la invitó Farbenger, firmemente apretadas las mandíbulas.

Avanzaron ambas, pasillo adelante. Candy en primer término, contraídas las facciones en un rictus de decisión; Betty detrás, un tanto cohibida y recelosa.

El tentáculo peludo había desaparecido. Pero Van Doren posó su mirada en el boquete de abajo.

—¿Qué es…?

—Espera —Farbenger se acercó temerariamente a la puerta y al instante surgió del agujero el largo palpo terminado en un aguijón córneo. El palpo toqueteó el pavimento y en seguida se orientó hacia Farbenger, inmóvil junto al muro, a unos dos metros de distancia.

Van Doren exhaló un gritito de espanto. Con toda la frialdad del mundo, Candy alargó las tijeras y cortó con un chasquido el largo tentáculo.

CAPITULO X

La extremidad amputada culebreaba en el suelo como una gruesa lombriz peluda. El muñón cercenado se retiró en el acto a través del boquete, dejando en pos de si un chorreón de sangre negruzca.

Un chillido agudísimo se dejó oír al otro lado de la puerta. Era como si chillase una mujer perturbada.

Al mismo tiempo, sonaba un jadeo profundo y algo golpeaba sordamente la puerta y los muros interiores del laboratorio.

—¿Oyes? —se volvió Candy hacia su compañera, que se había convertido en una estatua de carne y hueso.

Betty era incapaz de articular una palabra inteligible. Sus labios temblaban y sus dientes castañeteaban de pavor.

Entretanto, Candy avanzó dos pasos y observó con profundo interés el pedipalpo amputado, que continuaba retorciéndose en el suelo.

—¡Cuidado, Candy! —surgió, incontenible, el grito de aviso de Van Doren.

Farbenger se apartó de un salto en el momento que un nuevo tentáculo surgía del boquete.

A distancia de seguridad, ambas contemplaron los movimientos ondulantes del segundo tentáculo. La uña toqueteó el piso y las numerosas ventosas del palpo tocaron el apéndice amputado por las tijeras de Farbenger. Inmediatamente el aguijón se clavó en el corte sangrante y absorbió la sangre.

Al poco tiempo, el segundo tentáculo retrocedió por el boquete, llevándose el brazo cortado.

—El monstruo practica la autofagia —susurró Candy, atenta—. A menos que el engendro se haya reproducido y tengamos ahí a varios especímenes. Según sospecho, ha evolucionado totalmente, de híbrido o zoófito, a animal neto. Me gustaría llevar a cabo una

experiencia interesante: ofrecer unos pedacitos de carne al monstruo de mil brazos.

Aunque el pánico la descontrolaba, Van Doren se mostró sensata.

—¡No seas loca! Si ese bicho ha conseguido abrir un boquete de cuatro centímetro a través de una puerta de acero, hay que temer que será capaz de escapar finalmente del laboratorio. Y entonces...

—Precisamente —asintió Candy, con la serenidad de quien sabe que debe luchar a vida o muerte—. Mi experimento va encaminado a librarnos de esa horrible criatura.

—¿Cómo?

—No hagas preguntas y acompáñame.

—¿No crees que debíamos informar a nuestras camaradas?

—Ni mucho menos. Ellas están a salvo, por el momento, en sus cabinas. ¿De qué serviría aterrorizarlas? Todas hemos sufrido hasta el límite. Ahorrémosles este mal trago. Ven.

Poco después volvían de una de las bodegas con varios paquetes de hígado congelado. El aguijón de un tentáculo peludo absorbía meticulosamente las gotas de sangre que había derramado el muñón sangrante de la bestia.

Candy abrió una de las bolsas y arrojó porciones de piltrafas al suelo. El aguijón se alzó en el aire y se balanceó a izquierda y derecha.

—Es... como si ese apéndice poseyera algún sentido especial —susurró Candy—. Observa con atención, Betty. Yo diría que está oliendo la carne.

En efecto, un segundo después la extremidad peluda avanzaba sinuosamente y la uña se hincaba en un trozo de hígado. Hubo como una explosión de regocijada satisfacción en el miembro que sobresalía del boquete. Parecía estremecerse de placer absorbiendo las sustancias alimenticias, suculentas, de la carne cruda. Al momento, picoteó otros pingajos y se retiró al boquete.

Lo que sucedió a continuación turbó por igual a las dos

mujeres. Surgió por el agujero una uña de mayor tamaño, que se aferró a la arista metálica. Se oyó un chasquido y cayó al suelo un fragmento de acero.

La uña, poderosa, trabajaba a un ritmo frenético. La garra aferraba el borde metálico, apretaba, y desgajaba una nueva porción de acero. En cinco minutos, el boquete había aumentado su diámetro en cinco centímetros.

Entonces la uña descomunal se retiró y brotaron seis tentáculos delgados, que recogieron del suelo los pedazos de hígado y los transportaron al interior del laboratorio.

Excitada, Candy abrió otra bolsa y regó el suelo de piltrafas sanguinolentas. Varios apéndices brotaron del boquete y recogieron en un santiamén la pitanza.

Al fin, no quedó nada sólido en el suelo. Los aguijones recorrieron el piso y absorbieron hasta la última partícula de sustancia.

—Es horroroso —murmuró Betty, despavorida—. ¿Vas a seguir alimentando a esa bestia desconocida? Con ello, sólo conseguirás aumentar sus energías. Ha logrado abrir un boquete de casi diez centímetros. En unas pocas horas derribará la puerta y caerá sobre nosotras. Si consigue escapar del laboratorio, también podrá reventar las puertas de nuestros camarotes. Y entonces...

—Nada de eso ocurrirá, si yo puedo evitarlo. Voy a poner en práctica mi plan — replicó Farbenger, valerosa.

—¿Qué plan?

—Voy a abrir esa puerta, en cuanto haya preparado las cosas a mi manera. Si es posible, abatiré a esa cosa con disparos láser. Si no puedo destruirla, la encerraré.

—Pero, ¿dónde, cómo?

—Tenemos la cámara acorazada donde se guardan barras de metales preciosos y muestras raras y valiosas. Aquella cámara es amplia y su blindaje es de gruesos paneles de acero al cromo-vanadio. El engendro no podrá romper aquellas planchas, si logro llevarle hasta allí.

—Es una locura. ¿Crees que podrás dominar a una criatura tan

poderosa, a la que desconocemos por completo?

Farbenger sonrió, irónica.

—Acabo de cebarla con carne. Le encanta la carne, ya lo has comprobado. Pues bien: cuando yo abra esa puerta, el engendro hallará un reguero de pitanza que le llevará a la cámara acorazada a través del pasillo. Antes… intentaré aniquilar a la bestia, pero si no lo consigo, la encerraré en la cámara de seguridad del comandante —relató Candy.

—Una inteligente estratagema —aprobó Van Doren—, pero yo no estaré aquí para verlo. Voy a encerrarme en mi camarote.

—Haz como quieras. Yo me valdré sola —replicó Candy con entereza.

Retrocedió. La gran uña córnea, capaz de romper el metal, se hallaba de nuevo en el boquete y atacaba los bordes erizados de la plancha. Los pedipalpos se habían retirado.

Al ver alejarse a Farbenger, Van Doren la alcanzó en una carrerita.

—Es una locura, pero no puedo dejarte sola, Candy. Iré contigo — jadeó.

—En tal caso, procura controlar tus nervios y obedece mis instrucciones —exigió su compañera. Betty asintió con un gesto trémulo.

Cargaron una carretilla eléctrica con dos fusiles-láser a plena carga y añadieron dos bloques de carne congelada, ya troceada.

El ligero vehículo se deslizó con un siseo apenas perceptible a lo largo de los desiertos y silenciosos corredores hasta alcanzar las proximidades del laboratorio.

La uña monstruosa seguía trabajando incansable. Se oían los crujidos del metal al desgajarse y un hedor indefinible impregnaba el aire. Indudablemente, el repugnante olor provenía del interior del laboratorio.

La carretilla torció a la izquierda.

—Comienza ahora —susurró Candy. Van Doren arrojó pedazos

de carne a lo largo del corredor transversal, dejando regado el pavimento hasta la puerta circular de la cámara acorazada.

Candy tecleó cifras y signos en su mando electrónico y el portalón, de un metro de grosor, se abrió lentamente. Las dos mujeres bajaron de la carretilla y acarrearon la caja de carne al interior de la cámara acorazada. Desparramaron la pitanza por el interior y salieron.

En la carretilla, se trasladaron en breves instantes a la bodega, donde dejaron el vehículo. Al otro extremo del ancho corredor se encontraban diez camarotes. Al fondo del pasillo estaba el laboratorio.

Van Doren abrió la puerta de su camarote y ambas entraron y atisbaron hacia el fondo del corredor.

Crac-crac-crac-crac-crac. La descomunal uña seguía arrancando fragmentos de acero de la puerta del laboratorio.

Candy oprimió la culata de su fusil, hinchó su pecho de aire y miró a su camarada.

—Que todos los dioses nos protejan —murmuró, ferviente—. Ojalá mi plan salga bien.

Van Doren no hizo ningún comentario. Permanecía en suspenso, contenida la respiración.

Candy tecleó en su telemando las cifras y signos que componían la clave. Transcurrió una décima de segundo. La ancha puerta del laboratorio comenzó a descorrerse automáticamente…

CAPITULO XI

Van Doren había cerrado los ojos y aguardaba, como si sufriera un trance: Farbenger asomó apenas la cabeza y miró.

Los cabellos de su nuca se erizaron al ver surgir del laboratorio dos largos brazos peludos, más gruesos que el muslo de un hombre musculoso. Vio brillar unas placas ovaladas, grisáceas, y una masa blanda e imponente llenó el marco de aquella puerta de dos metros de anchura por otros tantos de altura.

—¿Qué es eso? —se preguntó Candy—. ¿La Medusa, la Hidra de cien cabezas o, simplemente, el Kraken?[1]

La masa enorme del animal vertiéndose fuera del laboratorio con la técnica propia de los cefalópodos: surgían ríos de brazos articulados y velludos y a continuación una gran masa gris rodaba y se extendía sobre el pavimento. Otros dos grandes brazos brotaron de la estancia y avanzaron sinuosamente en el aire. Aquellas gruesas extremidades terminadas en poderosas uñas corvas eran de distinta morfología que los delgados tentáculos velludos que sustentaban la mole: los gruesos cilindros eran escamosos y articulados, como el rabo de una colosal rata.

El cruce del pasillo quedaba inundado con aquella masa que guardaba una cierta semejanza con una gran babosa.

Los tentáculos inferiores se agitaban en movimientos constantes y mareantes, palpando en todas direcciones.

Luego apareció una cabezota enorme, semejante a la de una araña ciclópea. Dos pinzas de metro y medio de longitud pasaron rozando el marco de la puerta con sonoros chasquidos. Alrededor, cortos palpos terminados en cerdas de quitina se balanceaban con lentitud. Pero los ojos en nada se parecían a los múltiples ocelos de los insectos o arácnidos. Los ojos eran enormes, situados por encima de las temibles pinzas. Rojos, móviles y malignos como los del propio Kraken mítico. Giraban lentamente a izquierda y derecha y lo escrutaban todos con terrible fijeza.

Un escalofrío de pánico estremeció a Candy Farbenger tras

contemplar aquellos ojos enormes, inteligentes, levemente fosforescentes. Supo que en aquel momento sería incapaz de reaccionar, aunque la pinchasen. De su corazón se había apoderado un pánico cerval, semejante al del pajarillo arrinconado en una rama por la mirada hipnótica de una serpiente.

Pero los tentáculos inferiores palpaban el suelo, atraídos por la pitanza. Los ojos del monstruo giraron hacia el pasillo que conducía a la cámara acorazada, los brazos elevaron pedazos de carne que recogían las pinzas y desaparecían en una enorme boca, negra como el azabache y dotada de docenas de piezas masticadores. El engendro engullía la carne exhalando espeluznantes gorgoteos de placer.

Hilillos de densa y cristalina baba, que se solidificaban al contacto con el aire, se deslizaban de las fauces y los palpos superiores.

La aborrecible criatura se desplazaba con lentitud a la izquierda, siguiendo el rastro formado por los trozos de pitanza.

Entonces salieron del laboratorio otras cinco criaturas semejantes a la primera, aunque notablemente más pequeñas y ligeras. Los hijuelos se desplazaban sobre sus apéndices inferiores a modo de gruesos ciempiés, ascendían por los costados de la mole y bullían por doquier, en pos de los trozos de carne que regaban el pasillo.

Poco a poco, la masa de color grisáceo con el pequeño tórax protegido por placas, desapareció en el pasillo. El aire quedó saturado de un olor tan penetrante y nauseabundo que provocaba arcadas.

Del pasillo transversal llegaba aquel sonido extraño que producía el engendro al ingurgitar vorazmente la carne cruda. Era un ruido tan escalofriante que despertaba al instante los más primitivos sentimientos de terror.

Candy aguardó unos segundos. Llevándose un pañuelo a la nariz, salió finalmente al pasillo.

—¡No vayas, Candy! —suplicó Van Doren, afligida.

—Debo ir. Cuando eso haya penetrado en la cámara acorazada, probablemente me desmayaré. Pero ahora debo cumplir con el deber que me he impuesto. Quédate ahí, enciérrate.

—A solas, comenzaría a chillar de horror. Sólo tú me das fuerzas —farfulló Betty. Y la siguió.

Avanzaron, medrosas, hasta el cruce en T del laboratorio. El pavimento, siempre esplendente, estaba cubierto de una capa de baba grisácea y pegajosa. A medida que se acercaban a la entrada del laboratorio, el hedor era más y más intenso.

Antes de llegar al recodo, Candy echó una fugaz ojeada al interior del laboratorio. Se diría que aquella estancia hubiera alojado durante mil años a una manada de sucias bestias feroces y destructoras. No quedaba un mueble entero, ni estanterías, ni objeto alguno intacto. Todo estaba arrasado y destrozado. Las paredes, el techo y, sobre todo, el suelo, estaban cubiertos de mugre, desechos y residuos pestilentes.

—Si existe el Averno, debe ser algo muy parecido a esto —pensó Candy, espantada. Tomó a la indecisa Van Doren por un brazo y se pegaron al muro.

Desde la esquina, Candy se atrevió a echar una mirada.

Fue justo a tiempo de ver deslizarse aquella masa colosal a través de la ancha circunferencia del acceso a la cámara acorazada.

Vaciló. Todavía estaba a tiempo de alzar su fusil-láser y disparar una descarga letal contra el endriago y sus bullidores hijuelos. Más cuando finalmente se echó el rifle a la cara, la mole había desaparecido en el interior de la cámara de seguridad.

Hasta aquel momento, Candy Farbenger había demostrado un valor poco común en un ser humano, pero en aquel instante su ánimo flaqueó. Decididamente no se sentía ya con fuerzas para avanzar hacia la cámara y contemplar de cerca la espantosa visión.

Bajó el fusil, sacó su telemando electrónico y tecleó la fórmula que cerraba el portón de la cámara acorazada.

Detrás de ella, Betty se escurrió hasta el suelo, desvanecida.

* * *

Durmió más de seis horas seguidas. Tras los primeros minutos de sopor, volvieron brutalmente las vivencias de la jornada anterior. Dejó escapar un suspiro y se dio un baño. Salió de su camarote.

En el salón oval se hallaba el resto de sus compañeras, excepto Betty van Doren, quien probablemente descansaba todavía en su cámara.

Silvana Monti protegía entre sus brazos a la delgada Rita Mbomgah y Nadine Dubois gemía entrecortadamente. Más allá, Katie Illovna y Carmen Garrido permanecían abrazadas y suspiraban profundamente. Catherine Ross se había apoyado en el borde de la mesa, de espaldas a sus compañeras.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó Farbenger—. ¿A qué vienen esas expresiones mustias y atribuladas?

Ninguna de aquellas mujeres estaba al tanto de lo ocurrido aquella noche a popa de la astronave Valiant-II. Ciertamente, habían venido mostrándose muy desanimadas y pasivas durante las últimas jornadas, pero en aquella ocasión demostraban una particular aflicción.

Catherine se volvió despacio y miró a Candy, húmedos los ojos.

—Bea nos ha dejado —dijo.

—¿Qué quieres decir? —entornó los párpados Farbenger.

—Lo que has oído. Se ha marchado. Ayer mismo declaró que la vida no le interesaba si no podía compartirle con Ben Whitney. Cuando llegamos aquí hace un rato, vimos un mensaje escrito con rojo de labios sobre esta misma mesa. Ahí lo tienes.

Ávidamente, Candy rodeó los cómodos sillones y Leyó las palabras trazadas en rojo sobre el óvalo lacado:

> Queridas mías: He decidido terminar, puesto que Ben ya no está. Os deseo mejor suerte que a mí. Pienso arrojarme al vacío a través de una de las cámaras de descompresión. Adiós. Vuestra,

Catherine apoyó una mano en el hombro de Farbenger.

—Yo no lo creí, en principio. Nunca me pareció Bea una mujer con decisión suficiente para quitarse la vida. Pero ella cumplió su palabra. Registramos todas las dependencias, excepto el laboratorio y la cámara de seguridad del comandante. No encontramos a nuestra compañera. Luego, en una de las cámaras de descomprensión hallamos los vestidos de Bea. Ella se lanzó desnuda a la Nada —narró Catherine.

Candy no dijo nada, ni manifestó su pesar con otro signo que un leve aleteo de sus párpados.

—Eres dura, Farbenger —le interpeló, al cabo, Silvana Monti —. Todas nosotras hemos derramado lágrimas por Bea. Pero tú...

—Lamento que nuestra amiga tomara tan absurda decisión, pero no puedo llorar cuando nuestras vidas penden de un hilo. ¡Es preciso luchar! —replicó Candy, serenamente.

—A propósito del laboratorio —insistió Monti—. No me importan demasiado tus correrías nocturnas, pero cuando buscábamos a Bea vimos un enorme boquete en la puerta de su *santcta sanctorum.* ¿Qué significa ese agujero?

Una rabia sorda se apoderó de Farbenger. Durante largas jornadas se había esforzado por mantener el horror lejos de aquellas mujeres. La noche anterior, ella y Betty habían vivido una auténtica pesadilla y ahora sus nervios estaban a punto de estallar. Necesitaba hablar y lo hizo. Describió minuciosamente cada peripecia del dramático episodio y resumió:

—El engendro y su carnada están a buen recaudo, en la cámara acorazada. No creo que puedan escapar de allí. La cámara está blindada y aislada por completo. He clausurado los conductos de aireación. Si las cosas ocurren como deseo, esos monstruos se extinguirán en su encierro, a pesar de lo cual permaneceré atenta y vigilante.

Volvió a su camarote y lloró por Bea, de bruces sobre el lecho. Había realizado un enorme esfuerzo para evitar que sus compañeras advirtieran en ella la menor muestra de debilidad.

Horas más tarde, Candy penetró en la cabina de rastreo electrónico, realizó algunas comprobaciones rutinarias y conectó los sistemas exteriores de visión.

Conectó los reflectores de ultravioletas y esperó, sentada en el puesto del comandante, acariciando con suavidad aquellos aparatos que tantas veces había pulsado Vlad Kubinin.

Súbitamente, una de las pantallas de televisión se iluminó. Los haces de rayos ultravioletas barrían las tinieblas, de la Sombra Profunda y comenzaban a captar un punto minúsculo en la inmensa extensión oscura.

También se encendió una luz de esperanza en el pecho de Candy Farbenger. Elevó la señal, la aumentó y ajustó manualmente el telescopio de la cámara que acababa de captar la diminuta imagen.

El zoom actuó lenta y progresivamente, hasta que la imagen casi llenó la gran pantalla-monitor. Con los ojos desorbitados por la sorpresa, Candy contempló la astronave que flotaba en la inmensidad tenebrosa.

Su silueta apenas era una mancha un poco más clara en la negrura de tinta china del espacio circundante: El fuselaje de aquel mastodóntico ingenio espacial no era brillante como el Valiant-II, sino gris y mate como un fantasma errante de la Sombra Profunda. Y tal era, en efecto.

Aunque borrosos los signos y letras, Candy pudo leer sobre el costado de babor de la anticuada astronave: Cargoman-021.

Apresuradamente, Candy pulsó en el teclado de la computadora la palabra Cargoman y los tres dígitos 0-2-1. Diez segundos después tenía la información precisa: la anticuada astronave que tenía a la vista era uno de los cruceros en los que El Honorable Pionero enviaba a los disidentes a las tinieblas perpetuas y a una muerte a plazo fijo.

Él Cargoman-021 había partido del astródomo de Kappa-VI... treinta años atrás. Según se rumoreaba en Handoor, el dictador de Kappa-VI preveía que aquellas naves de condenados sólo dispusieran de provisiones, agua y oxígeno por el período de un año.

Dos lágrimas velaron la visión de Farbenger.

—Dentro de ese artilugio, todos están muertos. Y quizá nosotras lo estemos también dentro de muy poco —murmuró, desalentada.

«Acuérdate de mí... Sé que tú reúnes las virtudes precisas para triunfar sobre la adversidad...», fluyeron a su memoria las cálidas palabras de Vlad. Bastó rememorar a Vlad, para que Farbenger alejara de sí el momentáneo desfallecimiento.

Borró la imagen del Cargoman-021 de la pantalla de televisión y desconectó los diversos sistemas, tras lo cual abandonó la cabina.

Transcurrieron a bordo seis anodinas jornadas. Las compañeras de Farbenger, a excepción de Betty Van Doren, demostraban una apatía total.

Luego, aquella mañana hallaron a Nadine Dubois desangrada en el baño de su cámara privada. A bordo de la nave Valiant-II sólo quedaban con vida siete mujeres, la mayoría de las cuales se debatían en la histeria.

Catherine Roos tenía perdida su compostura y se aferraba a Farbenger como a una tabla de salvación. Dolorosamente, Candy tuvo que rechazarla una y otra vez.

Aquella noche, después de su ulterior ronda por las proximidades de la cámara acorazada, Candy se retiró a su camarote. Aún no se había metido en la cama, cuando oyó la voz de Catherine en el comunicador.

—¡Por favor, abre, me estoy muriendo!

—¿Dónde estás?

—Estoy delante de tu puerta, a punto de desfallecer —respondió la débil voz de Catherine Roos.

Dejándose llevar por un impulso afectivo, Candy abrió. Allí estaba Catherine, en efecto. Vestía una sugerente túnica transparente y parecía terriblemente abatida, las manos caídas a la espalda.

Pero en una décima de segundo, su gesto de abatimiento se convirtió en un rictus maligno. De un salto penetró en la cámara y sonrió.

—¿Recuerdas, Candy? Soñé que os mataba a todas con un hacha... He decidido convertir mi sueño en realidad. ¡Y voy a empezar por ti!

Sacó algo que llevaba a la espalda. La hoja acerada de un hacha fulgió amenazadoramente.

—No seas idiota, hija: necesito descansar —respondió Farbenger. Y aprovechando el desconcierto de su compañera, le asestó un contundente golpe en el cuello que dio con la Roos en tierra.

Candy la depositó, desvanecida, sobre el lecho, buscó unas correas en un armario empotrado y la sujetó sólidamente. Contempló un momento el pálido rostro de Catherine y dijo:

—Mañana podrás contar a tus compañeras que has dormido en el camarote de Candy Farbenger, pero ahora debes descansar como una buena niña.

Se acostó en el suelo y se quedó dormida.

Pero a la mañana siguiente...

CAPITULO XII

Van Doren mostró a Candy el deterioro del metal en el portón de la cámara acorazada.

—Lo descubrí hace unos minutos. Fíjate: acero al cromo-vanadio de alta resistencia a la corrosión y de extraordinaria dureza. Sin embargo, el blindaje se está oxidando. ¿Tienes alguna explicación para esto?

—Tú lo sabes todo acerca de metales y sus aleaciones. ¿Cómo puedo darte yo explicaciones? —respondió Farbenger.

—Esa cosa que encerraste en la cámara —murmuró Betty, señalando con miedo la puerta acorazada—. Segrega un ácido tan corrosivo, que deteriora en pocos días el más resistente acero. En ocho o diez jornadas más, se abrirá un boquete y entonces...

Candy se mordió los labios, impotente. En verdad, no tenía ninguna solución que ofrecer allí. Si los engendros cautivos podían destruir el acero mediante corrosión, el futuro se ofrecía más inquietante que nunca.

—Arrastraremos un transformador de alta tensión... Insuflaremos gas letal en la cámara a través de los conductos de aireación... ¡Cualquier cosa antes de ceder ante el horror! —exclamó, descentrada.

Callaron las dos, aturdidas. Fue entonces cuando se escuchó claramente la voz en el comunicador de Farbenger: «Abre, querida Candy. Tengo que salir de aquí. Estoy ansioso por volver a estrecharte entre mis brazos. Abre, querida. Tú puedes hacerlo. Sólo tienes que pulsar la clave: la puerta de la cámara acorazada se abrirá y estaré contigo de nuevo.»

Candy palideció. Betty se agitó de un respingo.

—¡Es la voz de Vlad, mi amado Vlad! Pero ¿cómo es posible?

—«Pronto lo comprenderás todo, amor mío. Abre ahora.»

Candy sacó su telemando y comenzó a pulsar los signos y cifras

que componían la clave. El manotazo de Betty arrojó el aparato a diez metros de distancia.

—¡Candy, no caigas en la trampa! No es Vlad, sino la bestia encerrada ahí —gritó Van Doren, zarandeando a Candy para hacerla reaccionar—. ¡Convéncete! ¡Vlad está muerto, muerto, muerto!

Candy estalló en un sollozo profundo.

—Que los dioses me protejan. Por un momento creí —se retorció las manos muy nerviosa—. ¡Esa bestia, este monstruo maligno...! A pesar de su forma repugnante, es mil veces inteligente. Quizá sea... humano.

—Alejémonos de aquí. Hay una influencia maléfica flotando en este sector — la arrastró Betty, con decisión.

Candy fue recuperándose poco a poco. La gravedad de la situación la superaba, la desbordaba, escapaba por completo a su control. Sin darse cuenta, ambas se encontraron en la cabina de rastreo, aquel rincón donde quizá quedase un vestigio de la influencia protectora del comandante Kubinin.

Maquinalmente, Candy conectó los sistemas. Un momento después descubrían que Cargoman-021 se encontraba muy cerca. ¿Por qué la nave fantasma no se había alejado en su eterno caminar?

Betty acababa de captar una señal de radio.

—Cargoman-021-Cargoman-021-Cargoman-021-Cargoman—21, Cargoman...

Se miraron con estupor. Candy se abalanzó sobre los mandos.

—¡Valiant-II, Valiant-II, Valiant-II! Estamos recibiendo su mensaje, Cargoman-021. ¿Quedan... hay... personas... personas vivas a bordo? — habló.

—Negativo, negativo. Es un mensaje grabado por el comandante Sullavan Morris antes de morir. Morris, último superviviente Cargoman-021. Grabación se repite automáticamente cada sesenta minutos. Escuchen: diez segundos.

Candy iba a responder, pero calló. Exactamente diez segundos

después, la voz del comandante Morris, fallecido treinta años atrás, volvió a escucharse claramente en los altavoces:

—*Morris, Sullavan, comandantes Cargoman-021. Escuchen: desvelé la solución cuando agonizaba, anorexia bordo Cargoman-021. Sombra Profunda igual torbellino magnético con carga negativa. Solución salida naves atrapadas Sombra: desconectar generadores, desmagnetizar. Sigue en diez segundos:*

—¡Llama a Silvana Monti! —gritó Candy a Van Doren—. Ella es ingeniero y domina la Electricidad y los efectos electro-magnéticos. Tráela aquí aunque sea arrastrando.

Monti estuvo en la cabina en menos de diez segundos. El mensaje del comandante de la nave fantasma continuó:

—*Solución: desconectar generadores, desmagnetizar, esterilizar magnéticamente astronave, limpiar...*

La voz de Sullavan Morris siguió desgranando datos e técnicas. Candy y Betty apenas entendían los enrevesados conceptos, pero Monti asentía vivamente a medida que escuchaba.

—*... No necesarios impulsores. Cargoman-021 abrirá la marcha y astronave extraviada seguirá su rastro por infra-atracción molecular. Sitúense tras Cargoman-021. Diez segundos para la conclusión.*

—¿Entiendes algo? — inquirió vivamente Farbenger.

—Todo. ¡Es tan elemental...! A ninguno se nos ocurrió — replicó Monti.

Diez segundos se convirtieron en aquella ocasión en una eternidad. Y luego...

—*Cargoman-021. Resumen comandante Sullavan Morris. Sitúese astronave extraviada a popa Cargoman-021. Nave nodriza les guiará fuera Sombra Profunda. Cargoman-021 posee energía suficiente. Automatismos seguirán enviando mensajes centenares de años y guiando naves perdidas. El comandante Morris les envía un postrero saludo. Yo no pude escapar de aquí: di con la solución cuando agonizaba, pero tuve el tiempo preciso para organizar el salvamento de posibles víctimas de El Honorable Pionero. ¡Suerte!*

Los altavoces callaron. Candy, Betty y Silvana cambiaron miradas.

—¡Vamos, muchachas! ¿Qué esperamos? —exclamó Farbenger —, Tendremos que trabajar de firme. ¡Todas a la tarea!

—Me dan ganas de reír —ironizó la Monti, apoyando una mano en su rotunda cadera—. ¡Era tan fácil! Pero Morris lo descubrió.

Abandonaron apresuradamente la cabina de rastreo. En la pantalla se reflejaba, próxima, la silueta grisácea del Cargoman-021.

—Vlad tenía razón. Nunca hay que desesperar —musitó Candy Farbenger. Y siguió a sus compañeras.

***

Un día, el Cargoman-021 hendió la barrera de la Sombra Profunda llevando a la astronave Valiant-II pegada a popa. Al momento, miríadas de puntos luminosos brillaron en las pantallas de televisión y los sistemas de control funcionaron correctamente a bordó de la astronave en la que viajaban siete mujeres esperanzadas.

El Cargoman-021 describió una trayectoria curva en el espacio y volvió a sumergirse en la enigmática zona de la Sombra Profunda.

—Es el destino de esa nave fantasma y de su admirable comandante: guiar lejos de las tinieblas a los infelices que queden atrapados ahí —dijo Candy Farbenger.

La actividad se reanudó inmediatamente a bordo del Valiant-II. Funcionaron los generadores y el complicado sistema de control, seguridad, navegación y servicios. Un aire nuevo animaba a las siete mujeres.

Pero la puerta de la cámara acorazada se deterioraba día a día. El óxido desmenuzaba el acero y el orín se desprendía y caía al suelo. Algunos diminutos agujeros aparecieron en la superficie del duro metal.

—Es inútil —se desesperaba Betty van Doren—. Hemos gaseado la cámara con diversos gases letales, pero el ácido sigue corroyendo el acero. Podemos ver esas crisálidas inmóviles al sistema de seguridad por televisión. Aparentemente, esos seres están muertos o en estado de hibernación, pero segregan un ácido tan fuerte que acabará por destruir la cámara.

—Hay un cerebro latente ahí, dentro de la más voluminosa de las crisálidas. Una mente maligna, ansiosa por despertar de nuevo. No puedo entenderlo, pero estoy segura de una cosa: en el Universo jamás se conoció una criatura mutante con mayor poder de adaptación a cualquier medio. Si le falta el alimento, se adormece, hiberna. Nada pueden contra el engendro y sus hijuelos los gases venenosos, la ausencia de oxígeno, ni siquiera las descargas eléctricas. ¿Qué podemos hacer? —se lamentó Candy Farbenger.

Monti vino esa tarde a ver a Candy a su cabina.

—Llevo cuatro horas rastreando. Tengo un punto luminoso en un sistema solar. Un planeta de características semejantes a Handoor de Kryboll. Aún estamos lejos, pero los análisis cromatográficos son esperanzadores. Ese cuerpo celeste posee atmósfera y su densidad es parecida a la de Handoor. El piloto automático nos conduce hacia allí.

La noticia elevó un tanto ánimo de Farbenger.

—Sigue en tu puesto, Silvana. Yo debo ocuparme de otras cosas—pidió.

Esa noche, una voz potente y grave se expandió por las dependencias de la astronave Valiant-II.

—«Candy-Candy-Candy-Candy-Candy-Candy-Candy-Candy-Candy-Candy» —y para Candy aquella voz era la de su amado Vlad.

Sin embargo, Rita Mbomgah no oía Candy, sino Rita-Rita-Rita. Y para ella la voz era de su idolatrado Zoltan. Todas las mujeres escuchaban la angustiosa llamada, pero a cada una les sonaba de forma diferente.

El mensaje, sin embargo, era idéntico para todas:

—«Sácame de aquí. Tú puedes hacerlo. Estoy sufriendo horriblemente, amor mío. Estoy en la cámara acorazada, enterrado en vida. ¡Quiero salir! ¡Tú debes sacarme!»

La voz llenaba todo el espacio e incluso se diría que trascendía el fuselaje de la astronave.

—«Candy, Candy, Candy, Candy... Betty, Betty, Betty, Betty... Katia, Katia, Katia, Katia... Catherine, Catherine, Catherina, Catherine» —seguía vibrando la voz viril que imploraba ayuda desesperadamente.

Toda la noche duró aquel tormento. Candy permaneció en vela, vigilante, dispuesta a impedir que sus compañeras cayeran en la trampa.

A la jornada siguiente hicieron un descubrimiento inquietante: el portón de la cámara blindada se había rajado y un brazo monstruoso emergía de la hendidura. Una uña enorme atacaba, potente, el borde del metal.

Ante el espanto paralizante de sus compañeras, Candy tomó los terminales del transformador móvil y los incrustó en el brazo del engendro. Surgió un chisporroteo deslumbrante y el acre hedor de la carne quemada se expandió en el aire. El brazo de la bestia se retiró inmediatamente por el boquete y dentro se oyó un bramido de animal herido.

—*¡Phura inf wama hansi averhanxari...!* —resonó la terrible amenaza en los corredores de la astronave.

Las mujeres se retiraron, espeluznadas. A través de un monitor de televisión, Candy contemplaba a la bestia, aletargada dentro de la cámara acorazada, rodeada por sus hijuelos, que se abrazaban prietamente a su cuerpo de garrapata monstruosa.

—Está vivo aún, aunque la descarga de quince mil voltios la ha afectado de alguna forma —observó Candy, decidida a repetir el ataque si el engendro intentaba escapar.

Entretanto, la Valiant-II se acercaba al sistema solar detectado por Silvana Monti. El cuarto planeta del sistema parecía ofrecer condiciones mínimas de habitabilidad. Su atmósfera era rica en oxígeno y su superficie aparecía cubierta por océanos, montañas

jóvenes y grandes extensiones verdes y corrientes de agua.

En aquel momento crucial, Candy Farbenger recordó emocionada a Vlad Kubinin y a sus camaradas muertos, particularmente a Nadine Dubois, que siempre había soñado con una vida libre, sencilla y natural en un mundo como el que comenzaba a perfilarse, esplendente, en los monitores de televisión.

—Dentro de unas horas, nuestra astronave penetrará en la órbita de ese hermoso planeta —avisó Monti a través de los comunicadores—. Que cada cual permanezca en su puesto, todas atentas a mis indicaciones.

Majestuosamente, la Valiant-II descendió en oblicuo sobre los niveles altos de una atmósfera azulada. Un sol magnífico arrancaba destellos del fuselaje de la astronave. Potentes generadores complementarios acababan de entrar en acción para paliar la fuerte atracción del planeta.

Decelerando, la Valiant-II trazó varias órbitas alrededor del cuerpo celeste y descendió.

Espesos bosques, extensas lagunas y ríos plateados se extendían allá abajo. Minutos más tarde, la astronave se posaba en un inmenso yerbazal.

En aquel momento, una demudada Candy Farbenger penetró bruscamente en la cabina de navegación. Las mujeres se volvieron a mirarla y comprendieron por su actitud que algo horrible acababa de ocurrir.

—¡Aprisa, aprisa! —jadeó Candy, rota la voz—. ¡Todas a las cámaras de descomprensión! ¡El monstruo acaba de destrozar el portón de la cámara acorazada y avanza por el pasillo…!

Apenas tuvieron tiempo de tomar los fusiles-láser. Allá, al final de un largo pasillo, la mole grisácea del engendro lo llenaba todo, expandiendo en el aire un hedor irrespirable.

Con el espanto en el corazón, se introdujeron en dos cámaras de descomprensión. Los montacargas descendieron y se detuvieron a la altura de la llanura verde.

Corrieron con todas sus fuerzas entre las altas hierbas. Un afán desesperado por alejarse del horror ponía alas en sus pies.

Detrás de ellas resonó un fuerte chasquido que las detuvo. Se volvieron y comprobaron que una cámara de descompresión acababa de ser desgajada salvajemente del fuselaje, dejando abierto un gran boquete en las planchas de metal.

Los gruesos brazos de la bestia surgieron a la luz. Su masa se deslizó fuera como un gigantesco cefalópodo y surgió la cabeza de pesadilla.

—¡Disparad, disparad! —chilló Candy.

Siete rayos mortales alcanzaron al engendro simultáneamente. Surgieron volutas de humo de la carne abrasada de la bestia, pero sus tentáculos avanzaban sobre la pradera y sus temibles pinzas producían chasquidos sobrecogedores.

—¡Por todos los dioses! —gimió Farbenger—. ¡Ese engendro es invulnerable! Es inútil seguir disparando. Los rayos láser apenas le afectan. No queda más que un recurso: correr hasta donde nos lo permitan nuestras fuerzas.

Betty la retuvo por un hombro.

—¡Espera! Está ocurriendo algo imprevisto. ¡Mirad! El engendro se agita y brama como una bestia herida. ¡El color gris de su piel peluda se está alterando! —exclamó.

En efecto, la bestia y sus hijuelos se estremecían violentamente, silbaban sus tentáculos, se agitaban las amenazadoras pinzas segando espectacularmente los arbustos próximos. Unos instantes después, el engendro pardusco se deslizaba hacia la abertura abierta en el costado de la Valiant-II.

—¡Mirad! —gritó Candy, asombrada—. ¡El engendro retrocede, trata de volver al refugio de la astronave!

En pocos minutos, la cabeza del endriago se había coloreado de verde y su mole iba encogiéndose, disminuyendo a cada momento. Riachuelos de viscoso humor pardo-rojizo se deslizaban por su piel y formaban pequeños charcos de sus repugnantes criaturas, pero sus movimientos eran cada vez más lentos y sus bramidos menos potentes.

La masa menguaba más y más de volumen. Su cabeza había evolucionado hacia una masa verde semejante a un vegetal primitivo, las peligrosas pinzas apenas eran ya dos ramas secas y

los brazos y pedipalpos se transformaban rápidamente en raíces.

Poco tiempo después, del monstruo de pesadilla apenas quedaba una informe masa de metal esponjoso y negruzco sobre la que crecían pequeños líquenes.

Betty penetró en la astronave y reapareció en seguida. Roció la espuma metálica de combustible inflamaba y le prendió fuego. De los líquenes sólo quedó un miserable vestigio de cenizas.

Las siete mujeres permanecieron absortas durante largos minutos. Luego, de improviso, oyeron un largo y vibrante mugido que las asustó. Subieron todas a la nave, cerraron las escotillas de seguridad y corrieron a refugiarse en la cabina de navegación.

—¿Qué fue ese bramido tremebundo? —susurró Rita Mbomgah.

Candy conectó el sistema de visores exteriores. En la pantalla apareció un panorama verde y dilatado. Estupefactas, vieron acercarse una gran manada de todos salvajes de lacias crines, que pastaban en la sabana.

—¡Son simples animales, enormes bóvidos! —exclamó Silvana Monti, más tranquilizada.

—Un mundo maravilloso, un verdadero paraíso —pronunció, emocionada, Betty van Doren—. ¿No era justamente esto lo que buscábamos desesperadamente?

—Sí, parece perfectamente habitable —asintió Catherine Roos, entusiasmada.

—¡Venid! —propuso Katia Illovna, muy excitada—. Hagamos descender uno de nuestros hover-craft y exploremos una parte de este mundo fascinante.

Recuperado el entusiasmo vital, todas se fueron gritando y alborotando en pos de Illovna. Todas... menos Candy Farbenger, que permanecía inmóvil y abstraída, mirando sin ver el panorama lleno de vida que se ofrecía a sus ojos.

Advirtiendo su ausencia, Betty van Doren volvió a los pocos minutos a la cabina de navegación.

—¿Qué haces ahí, ensimismada? —la sacudió su amiga—.

¡Vamos! El vehículo está ya en la pradera y nuestras camaradas nos esperan.

—Id vosotras —respondió Farbenger, triste—. Yo me quedaré aquí. Trataré de poner un poco de orden a bordo de la nave. Todo está sucio, maloliente e inhabitable. Ve, no las hagas esperar.

Betty vaciló, pero su ansiedad por contemplar los luminosos espacios abiertos del nuevo mundo la venció. Acarició la mejilla de Candy y se marchó.

Cuando quedó a solas, caminó lentamente a través de los largos pasillos de la astronave.

—Ellas han recobrado milagrosamente la alegría de vivir —murmuró—, pero a mí no me importa la vida sin mi amado Vlad. Su ausencia es demasiado dolorosa. ¿Qué puedo hacer? —se planteó.

Sin proponérselo, sus pasos se dirigieron hacia la cámara de conservación criogénica.

CAPITULO XIII

—¡Candy! —exclamó Van Doren con un trémolo de pánico.

Farbenger se volvió hacia ella con lentitud. Detrás, sobre una mesa, se encontraba el cadáver del comandante Vladimir Kubinin. Candy vestía una bata aséptica y un gorro de cirujano. Sobre el cadáver desnudo de Vlad se adherían los contactos de unos terminales eléctricos.

—¿Qué haces? —preguntó Betty, mordiéndose los labios.

—He deshibernado el cuerpo de Vlad. Estoy intentando reanimarle — respondió Farbenger con voz firme.

Betty retrocedió dos pasos. Parecía escandalizada.

—Estás loca. Lo que intentas es una monstruosidad —acusó.

—¿Por qué?

—No lo comprendes, porque estás obsesionada. Tu amor por Vlad se ha convertido en un sentimiento fanático, propio de una perturbada. Lo que has hecho con el cadáver de Vlad es una profanación. ¡Reacciona, Candy! Por doloroso que sea, debemos aceptar que nuestros compañeros están muertos. Jamás volverán, Candy. Pero tenemos a nuestro alcance un mundo maravilloso, pleno de experiencias excitantes... —bajó el tono de voz, que se hizo más contenido y confidencial—. ¿Sabes que hemos visto hombres no muy lejos de aquí? Hombres de carne y hueso, de nuestras proporciones y naturaleza, tan hermosos y fuertes como nuestros camaradas muertos. Los he visto con mis ojos. Eran los pastores del rebaño de toros que nos asustó hace unos días.

—No me importan esos hombres, Betty. Yo necesito a Vlad — declaró Farbenger con fe admirable.

Van Doren la miró con pena y con miedo.

—Ya no existe Vlad, ni el doctor Whitney, ni Karras, ni Quinteiro... —dijo—. ¡Candy, Candy! Te dejas atraer por unos simples fantasmas.

—¡No! —se enfureció Farbenger—. Antes de morir, el doctor Whitney insistió en que debíamos conservar los cadáveres criogenizados. El tenía fe y esperanza. Los mismos sentimientos que animaron a Vlad hasta el último momento. Betty, el mal que existía a bordo ha dejado de existir. ¡Acércate! —ordenó, autoritaria.

—¿Qué quieres?

—¡Mira el cuerpo desnudo de Vlad! —sugirió Candy—. Quedan algunas heridas a medio cicatrizar sobre su piel, pero el temible color verdoso ha desaparecido. Obsérvale con atención. Parece dormido, no muerto.

Betty avanzó unos pasos, temerosa. Candy le tomó una mano y la obligó a palpar una pierna del comandante. Al momento, percibió la tibieza de la piel propia de un ser vivo.

—¡No puede ser! ¡Es... imposible! —musitó.

—¿Por qué? No conocemos más que una mínima parte de las maravillas de la vida y de la muerte. Todavía quedan por desentrañar miles de arcanos. Pero repara en que la Valiant-II está dotada de una cámara de criogenización y de otra de reanimación, donde ahora nos hallamos. ¿Piensas que estos ingenios fueron instalados aquí gratuita, superfluamente? Todos sabemos que el doctor Whitney volvió a la vida a un hombre, allá en Kappa-VI. Aquel hombre murió electrocutado y llevaba dos días en una cámara de hibernación. Whitney se encerró con el cadáver en una cámara semejante a ésta y le devolvió la vida. Creo que, en cierto modo, el mal que aquejaba a nuestros camaradas provenía del engendro que trajimos de Nueva Siberia. Aquella especie de Kraken ejercía una influencia maligna, concreta, sobre nuestros hombres. Pero ahora el peligro ha desaparecido. Es sólo una teoría, lo sé. Más, ¿cómo podría explicarse de otro modo que la piel de Vlad se haya regenerado por completo?

Betty no respondió. Todavía se sentía asustada y confusa. Contemplaba con mirada hipnótica la atlética anatomía del comandante Kubinin, su piel tersa y tensa, su color tan natural y aparentemente lleno de vida.

Y de pronto, advirtió aquel movimiento.

—¡Sus labios! ¡Se han movido! —chilló.

En la pantalla verdosa y fosforescente apareció un puntito

brillante, seguido de un leve pitido. Y luego otro, y otro...

Lágrimas silenciosas fluyeron de los ojos de Candy Farbenger, que acariciaba tiernamente la mano derecha de Kubinin.

—¡Vive, vive! —gimió—. ¡Tienes que vivir, querido Vlad!

Como una loca, Van Doren abandonó la cámara de reanimación y gritó a lo largo de los pasillos:

—¡El comandante está vivo! ¡Farbenger lo ha resucitado!

Sus aspavientos atrajeron la atención de sus compañeras, que se apelotonaron, incrédulas, a la entrada de la cámara de reanimación.

—¿Es verdad, Candy, es verdad? —clamaron, excitadas, desorbitados los ojos de pura ansiedad.

Farbenger no respondió. No podía hablar. Sé había abrazado suavemente al cuerpo yacente de Vlad y lloraba en silencio, incapaz de expresar de otro modo su íntima emoción.

Sus compañeras avanzaron tímidas y palparon discretamente las piernas del comandante.

—¡Su piel está caliente y emite leves vibraciones! —exclamó Rita Mbomgah. Y emitió una risita nerviosa—. ¡Está vivo!

Quedó súbitamente seria y en sus ojos oscuros se reflejó la inquietud.

—¿Volverá... volverá también Zoltan... mi querido Zoltan Karras? —exclamó entre esperanzada y vacilante.

Farbenger se irguió despacio y las miró.

—Todos volverán, si lo deseáis con el mismo fervor que yo —pronunció—. La Ciencia es un poderoso aliado a la hora de conseguir estos prodigios, pero la fe es más importante aún. Todas juntas trabajaremos para devolver a la vida a nuestros amados camaradas. Vlad está vivo, aunque tal vez tarde algún tiempo en recuperarse por completo. Ahora... parece estar bajo los efectos de coma, pero pronto estará reanimado y volverá a ser nuestro comandante.

—¿Tendré conmigo a Cam Davies? —murmuró con un trémolo

Carmen Garrido.

—Sí. Y volverán el doctor Whitney y nuestra pequeña Nadine, Kafarian, Amanda Galves... Y Duward, Schilla, Varensen... Todos menos...

El recuerdo de Bea Losada, que se había arrojado al vado en un rapto de desesperación, volvió dolorosamente a las siete mujeres que rodeaban el cuerpo inmóvil del comandante Kubinin.

Si el doctor Whitney volvía a la vida, habría de afrontar la dura realidad: la mujer a la que había amado apasionadamente había desaparecido para siempre. En su interior, todas desearon de corazón que el afable Ben Whitney supiera remontar aquella prueba. Pues a fin de cuentas, ¿no habían superado todos la más abominable de las experiencias?

En el silencio que siguió a las palabras de Candy resonó un suspiro prolongado.

Farbenger se volvió de un brinco y clavó su mirada en el cuerpo del comandante. Vlad entreabrió lentamente los párpados, pestañeó y miró con estupor a las personas que le rodeaban.

—Can...dy, amor m-i-o —balbuceó con torpeza.

Un gritito de alegría brotó de la garganta de Farbenger. Ella tendió las manos y tomó las de Vlad, que estrechó tiernamente contra su pecho.

—Vlad —apenas pudo murmurar.

Discretamente, Betty hizo salir de la cámara a sus compañeras.

Quizá Vlad tendría muchas cosas que decir a Candy, acababa de regresar de un larguísimo viaje...

F I N

[1] Monstruo pulpo o calamar gigantesco de las sagas nórdicas.